

## EL USO RITUAL DE LA VAJILLA CERÁMICA EN LA NECRÓPOLIS PÚNICA DE CÁDIZ

POR

ANA M.<sup>a</sup> NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS <sup>1</sup>

**PALABRAS CLAVE:** Cádiz – necrópolis – pozos rituales – vajilla cerámica – funcionalidad – ritual funerario.

**KEY WORDS:** Cadiz – necropolis – ritual wells – tableware – functionality – funerary rituals.

### RESUMEN

En este trabajo se analizan los posibles usos rituales de la vajilla en el ámbito funerario. Para ello contamos con la información que nos proporcionan los conjuntos cerámicos que se localizan en pozos votivos y fosas, diseminados por buena parte de la necrópolis. En estos depósitos se amortizan, en última instancia, los elementos materiales utilizados en ceremonias de tipo sacro.

Nuestro propósito es, en un primer paso, tratar de sistematizar formalmente el repertorio vascular púnico-gaditano del s. III a.C., para, a continuación, estudiar éste desde un punto de vista funcional; aunque siempre, recordamos, desde la óptica de su utilización en un ambiente ritual y funerario, como es el de las necrópolis.

### SUMMARY

This paper analyses the possible ritual uses of the tableware in the funeral context. The information is provided by the materials founded inside the abundant ritual wells and graves of the necropolis. Pottery and organic remains used in sacred ceremonies are buried in these deposits.

At first, our purpose is to classify morphologically the punic-gaditanian wares; and, secondly, to study them from a functional view, but having into account its ritual and funerary use.

Desde hace algún tiempo venimos trabajando en el análisis de los materiales que rellenan algunos pozos y fosas de la necrópolis gaditana de época púnica que, con bastantes probabilidades, serían los depósitos donde se amortizaría la vajilla empleada en toda la liturgia que rodea a la muerte.

En una primera fase nuestro objetivo se centra en la sistematización del repertorio vascular que, invariablemente, se repite en todos estos depósitos <sup>2</sup>. La

<sup>1</sup> Becaria Postdoctoral del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (Beca financiada por la Secretaría de Estado de Educación y Universidades y el Fondo Social Europeo). Dipartimento di Scienze del Mondo Antico. Facoltà di Conservazione dei Beni Culturali. Università degli Studi della Tuscia – Viterbo (Italia). Via S. C. De Lellis snc. 01100 – Viterbo (Italia). E-mail: anamaria.niveau@uca.es

<sup>2</sup> Recientemente la Dirección General de Bienes Culturales de la Junta de Andalucía nos ha autorizado y subvencio-

sospecha de que formas, dimensiones e incluso la misma presencia —o ausencia— de los materiales cerámicos no se debe a la casualidad, sino que sigue unas pautas dadas, junto a la existencia de otra serie de datos como la documentación de ciertas actividades que nos hablan de la «sacralización» de estos espacios —indicios de apertura y clausura ritual de los depósitos, estratificación selectiva de los materiales, alternancia de niveles estériles con otros saturados de materiales, etc.—, nos ha llevado a emprender el estudio del material cerámico amortizado en estos depósitos.

Un primer trabajo, aún inédito, fue presentado al *II Congreso Internacional de Mundo Púnico* (Niveau de Villedary e.p. a), celebrado en la ciudad de Cartagena en abril de 2000. Éste, junto al estudio de los materiales de tres de estos pozos, incluidos en las respectivas Memorias de excavación (Cf. Niveau de Villedary 1999a y la misma autora en: Sibón 2001: 37-46), constituyen por ahora los únicos trabajos en los que se aborda de forma integral la descripción, ordenación y clasificación del elenco material púnico-gaditano del s. III en un *corpus* único.

Nuestra intención es poner al día los datos que presentábamos en estos primeros trabajos, ya que algunas de las apreciaciones a las que entonces llegábamos se nos revelan, ante el avance de la investigación, inexactas en algunos de sus puntos aun antes de su publicación y, por tanto, de su difusión, por lo que creemos que deben ser revisadas.

\* \* \*

La necrópolis gaditana es una de las mejor conocidas desde antiguo pues a los hallazgos casuales de finales del siglo XIX le siguen, en el XX, toda una serie de excavaciones llevadas a cabo por Pelayo Quintero desde los años 10 hasta la Guerra Civil <sup>3</sup>,

nado para la campaña de 2002 la actividad denominada: «Estudio de materiales de los pozos y fosas púnicas de la necrópolis de Cádiz», que esperamos que pueda ser el primer paso de un Proyecto de Investigación integral de la necrópolis gaditana de los últimos momentos prerromanos.

<sup>3</sup> La importante actividad arqueológica desarrollada en Cádiz hasta finales de la Segunda República, queda reflejada en la publicación periódica de los resultados en las *Memorias*

realizadas con todo el rigor científico que podemos exigir de aquellos momentos. Tras algunas actuaciones aisladas es a partir de los años 80 cuando se retoman los trabajos arqueológicos, primero por parte del Museo de Cádiz<sup>4</sup> y desde 1985, tras el traspaso de competencias en materia de cultura a la Junta de Andalucía, por la Delegación Provincial de Cádiz<sup>5</sup>. La normalización de la práctica arqueológica en la ciudad, que hace necesario cuanto menos una vigilancia arqueológica en todas las obras que comporten remoción de tierras<sup>6</sup>, ha generado en todo este tiempo un volumen de información y de materiales bastante considerable. No obstante, y a pesar de ello, es aún muy poco lo que sabemos sobre la necrópolis y más concretamente sobre los materiales que se asocian a ella.

Conocemos relativamente bien las ánforas púnicas de tipología gaditana, estudiadas y definidas por Angel Muñoz, que ha ido corrigiendo y completando su tipología a través de sucesivos trabajos (Muñoz 1985 y 1990-91; Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988; Alonso, Florido y Muñoz 1991; Frutos y Muñoz 1994 y 1996). El resto de materiales, sin embargo, tan sólo ha merecido breves menciones en las notas publicadas, en el mejor de los casos acompañados de dibujos (la mejor documentación gráfica en Muñoz 1995-96), lo que desgraciadamente no es frecuente. Tan sólo han sido objeto de estudios monográficos aquellos que por su carácter religioso/votivo —terracotas, timiaterio, capitel (un resumen en Ferrer 1995-96)—o su valor —joyería (Perdigones, Muñoz y Pisano 1990)—han despertado el interés de los estudiosos. Los materiales cerámicos de origen submarino hallados en la Caleta (Muñoz 1990-91) y los procedentes de las tumbas fenicias más antiguas (Perdigones, Muñoz y Pisano 1990) son los que por su estado de conservación, en su mayor parte completos, han sido mejor estudiados. En este pobre panorama destacan asimismo los trabajos sobre las ánforas de pequeño tamaño (López de la Orden y García Rivera 1985; Muñoz 1990-91),

quemaperfumes (Pérez Hormaeche 1990; Muñoz 1990-91), ungüentarios de tipología púnica (Muñoz 1990-91; Pérez Hormaeche 1993) y helenística (Muñoz 1986), *askoi* zoomorfos (*Id.* 1992), cerámica gaditana de «tipo Kuass» (Niveau de Villedary 2001c); pero, a excepción de estos estudios parciales, poco más se conoce.

Desde hace ya tiempo, en contextos relacionados con la necrópolis púnica más tardía —en torno sobre todo al s. III a.C. y más concretamente a su segunda mitad—, se vienen documentando una serie de estructuras —fosas y, sobre todo, pozos— que pueden interpretarse como depósitos de los materiales que se utilizan en las ceremonias rituales relacionadas con la muerte (los primeros avances en Niveau de Villedary 2001b y *Ead.* y Ferrer e.p. a y b).

Desde comienzos de los años ochenta del siglo pasado tenemos noticias y referencias a la aparición de pozos de este tipo en la playa de Santa María del Mar (Ramírez 1982: 164; Muñoz 1989: 89, 1995-96: 81 y 1998: 145-146) y en la Avenida de Andalucía (Ramírez 1982: 164-165), aunque los primeros datos explícitos corresponden al informe preliminar de las excavaciones de urgencia realizadas en 1988 en el llamado sector H de la Plaza de Asdrúbal (Muñoz 1989), en el curso de las cuáles se localizaron siete pozos de diversa tipología, rellenos de material de diferente época. Apenas si conocemos más datos, pues la Memoria aún no se ha publicado, ni el material está, al menos en lo que nosotros conocemos, estudiado.

Más recientemente, se han llevado a cabo varias intervenciones en solares muy cercanos al anterior, en los que de nuevo se han localizado estructuras de este tipo (Fig. 1) y de los que, gracias a la disponibilidad de sus excavadores<sup>7</sup>, nos hemos podido hacer cargo del estudio del material.

Como base del presente trabajo hemos utilizado los datos que nos ofrece el material recuperado de uno de los pozos de las excavaciones de una de las

de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades entre los años 1916 y 1935.

<sup>4</sup> Un resumen de los descubrimientos de época moderna y bibliografía completa y comentada sobre los trabajos realizados hasta los primeros años 80 del pasado siglo en Ramírez 1982.

<sup>5</sup> La mayor parte de la información sobre las actividades arqueológicas a partir de esta fecha se recogen en los Anuarios Arqueológicos de Andalucía (hasta la fecha publicados los ejemplares de 1985 a 2000).

<sup>6</sup> Ver articulado del P.G.O.U. en vigor (Cap. 6, P.G.O.U. de Cádiz. *B.O.P. de Cádiz*, nº 287, 14 de diciembre de 1995). Las intervenciones arqueológicas deben adecuar su metodología a las necesidades de documentación y conservación de los bienes existentes en cada una de las áreas delimitadas.

<sup>7</sup> Queremos agradecer a Pilar Pineda Reina y Jesús M. Miranda Ariz, directores de la excavación del solar correspondiente al Edificio «Puerta Varela» situado en los antiguos Cuarteles de Varela (Avenida de Andalucía s/n, Cádiz) (Miranda y Pineda 1999) y a Francisco J. Blanco Jiménez, Francisco J. Sibón Olano e Ignacio Córdoba Alonso, directores de las excavaciones de los solares ubicados en la Plaza de Asdrúbal e/ Amílcar Barca (Blanco 1998), Cuarteles de Varela (*Id.* 1999 y 2000) y Avda. Amílcar Barca (Sibón 2001); el habernos permitido, no sólo el acceso a los materiales procedentes de estas intervenciones, sino también a todo el material gráfico e información disponibles —diarios de excavación, informes preliminares y memorias finales—, así como su permanente disposición a la hora de resolver cualquier duda o contratiempo que se nos haya podido presentar en el transcurso de nuestro estudio.

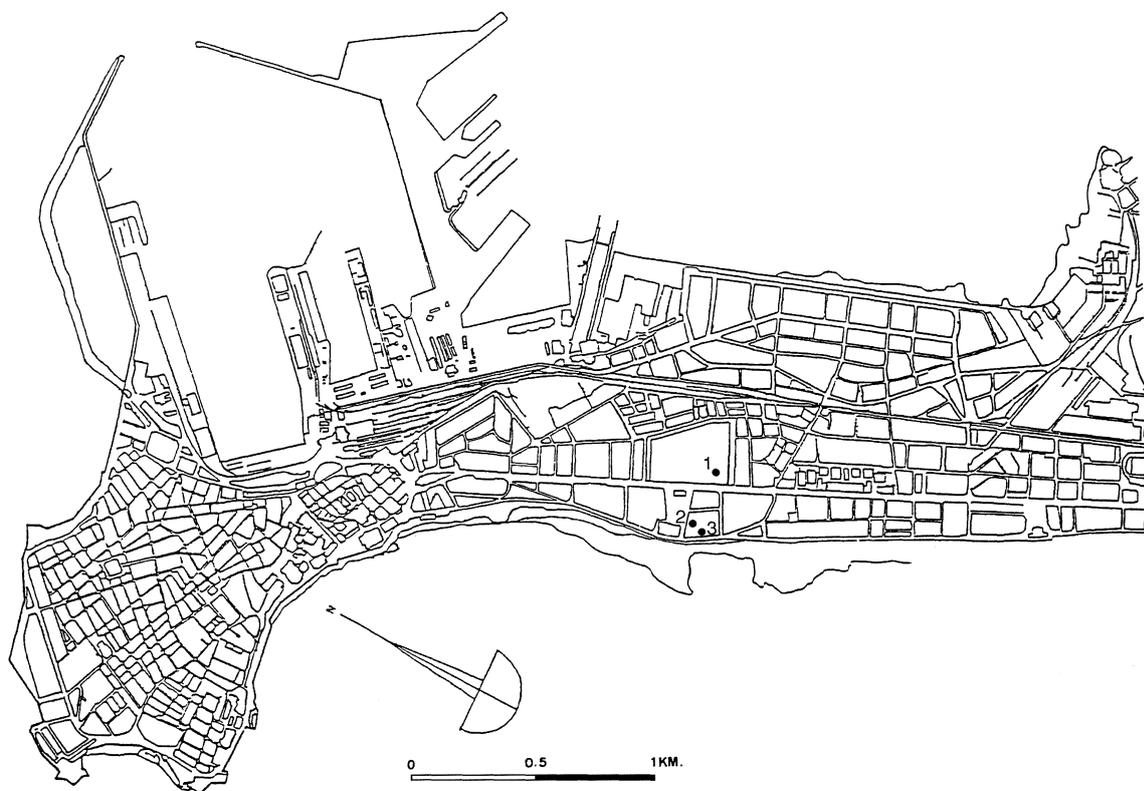


Fig. 1. Localización de los pozos citados en el texto. 1. Edificio «Puerto Varela» (antiguos Cuarteles de Varela), Avda. Andalucía s/n (CCVV-99). 2. Plaza de Asdrúbal e/ Amílcar Barca (ASD-97 y ADS-98). 3. Avda. Amílcar Barca (AMIL-01). (Elaboración propia).

parcelas de los Cuarteles de Varela<sup>8</sup> (Fig. 2, 1) (Miranda y Pineda 1999: 71). Estos datos los hemos completado y cotejado con los procedentes de otros conjuntos cercanos espacial y cronológicamente. Nos referimos en concreto a los tres pozos (Fig. 2, 2-4) localizados durante los trabajos llevados a cabo entre 1997 y 1998 en el solar situado en la Plaza de Asdrúbal esquina Avenida Amílcar Barca (Blanco 1998)<sup>9</sup> y los dos pozos rellenos en época pú-

<sup>8</sup> El pozo (E/F 3) responde a la tipología común a estas estructuras: excavado a partir del nivel de prearcillas (Miranda y Pineda 1999: 100), de planta circular de un metro setenta centímetros de diámetro. De factura cuidada y regular, se recubre con tres hiladas de piedra hasta una profundidad de 6'75 metros, el resto, hasta completar los 9'25 metros en los que se alcanza el nivel freático, se excava en la roca.

<sup>9</sup> El pozo 1 (cuadro A-5) (Fig. 2, 2) no pudo excavar-se en su totalidad al quedar destruido por la pantalla, alcanzándose los 5'42 metros de profundidad. El relleno, que es muy homogéneo, con abundante material cerámico roto de forma intencionada y arena muy suelta de color castaño (Blanco 1998: 63-64), puede fecharse entre los siglos III y principios del II a.C. (Niveau de Villedary 2001b: 209), y es, en cuanto a la tipología y cronología del material cerámico, prácticamente idéntico al del pozo de Varela. El segundo de los pozos (cuadrícula C-6/C-7) (Blanco 1998: 65-66) (Fig. 2, 3)

nica<sup>10</sup> (Fig. 3) aparecidos en una reciente intervención en la Avda. Amílcar Barca, en un solar colindante con el anterior (Sibón 2001).

presenta también, dos fases constructivas: la primera hasta una cota de -2'08 metros, careado con pequeñas piedras y la segunda tallada en la roca hasta alcanzar una profundidad de 6'11 metros, nivel de relleno estéril. El relleno es también muy homogéneo, con abundante material cerámico —aunque en menor cantidad que el anterior—, roto intencionadamente y disperso entre la arena, que es muy suelta y de color castaño. Los materiales nos ofrecen una datación algo posterior, posiblemente en torno a la primera mitad del s. II a.C. (Niveau de Villedary 2001b: 209-210). El tercer pozo, situado en el cuadro H-3 (Fig. 2, 4), responde a la misma tipología que los anteriores: de 1'20 metros de diámetro, alcanza el nivel freático a los 9'25 metros de profundidad. El relleno está compuesto por una tierra castaño oscura y algunos materiales —ánforas y cerámica común— y restos alimenticios, aunque en mucha menor cantidad que en los casos anteriores. Su excavador lo fecha en torno a finales del s. IV y principios del III a.C. (Blanco 1998: 67).

<sup>10</sup> El pozo 1 (E-10), de características similares a los ya descritos (Fig. 3, 1), se excava hasta alcanzar el nivel freático, en una cota cercana a los siete metros de profundidad (Niveau de Villedary en: Sibón 2001: 32). Por la tipología de los materiales que lo rellenan se puede fechar, como la mayor parte de los estudiados, en el s. III a.C., aunque quizás sea algo anterior a los ya vistos —en torno a mediados de la

## E/F3. ESTRUCTURA 01. POZO

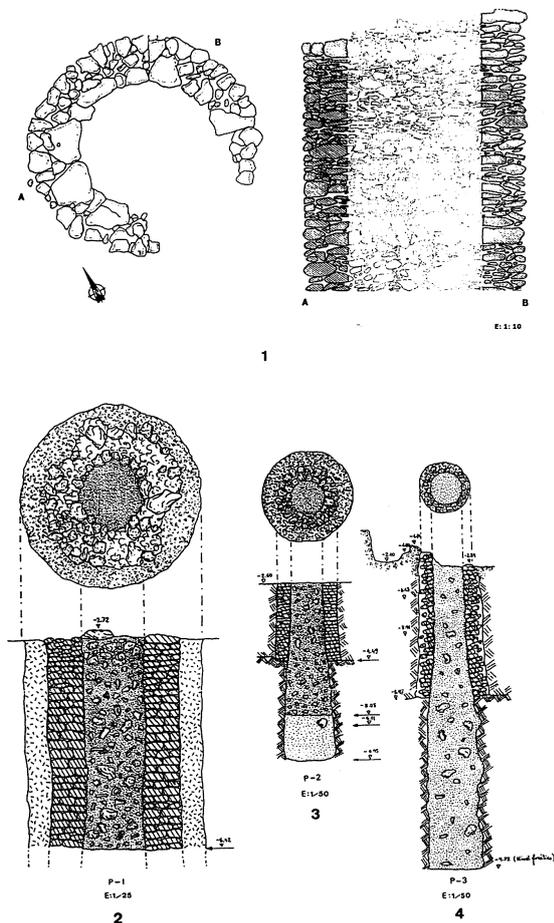


Fig. 2. Pozos: plantas y secciones (I). 1. Pozo de CC.VV-99 (E/F-3) (Miranda y Pineda 1999). 2. Pozo 1 de ASD-97 (A-5). 3. Pozo 2 de ASD-97 (C-6/C-7). 4. Pozo 3 de ASD-97 (H-3) (Blanco 1998).

En todos los casos contemplados se repiten una serie de pautas en la construcción y factura de los pozos (*Ead.* 2001b y e.p. a; *Ead.* y Ferrer e.p. a). Se trata de estructuras profundas, con dos tramos constructivos: mientras que el primero aparece careado mediante una especie de brocal cuidado, el segundo simplemente se excava en la roca, generalmente hasta alcanzar el nivel freático. En la mayor parte de las ocasiones son de factura cuidada y aparecen re-

centuria— (*Ead.* 37). El pozo 3 (Fig. 3, 2), situado en el cuadro B-7, con rasgos estructurales, constructivos y dimensiones análogas al anterior (*Ead.* 34-35), responde, sin embargo, a lo que el avance de nuestros trabajos ya nos está señalando como el relleno más «típico», ya que es el que encontramos con mayor frecuencia. Son pozos que se colmatan con una mayor cantidad de materiales, fechados en la segunda mitad del s. III a.C., quizás en sus momentos finales, cuando ésta es una práctica ya generalizada (*Ead.* 39).

llenos por completo de fragmentos cerámicos, sin restos de material constructivo o de otro tipo que nos pudieran hacer pensar que nos hallamos ante meros basureros. El hecho de que el material aparezca muy fracturado, en ocasiones rodado y que en muy pocos casos se documenten ejemplares completos o reconstruibles, parece apoyar la hipótesis de su uso como basurero; ahora bien, existen toda una serie de evidencias que contradicen esta primera impresión. En primer lugar los propios materiales, muy homogéneos, de formas seleccionadas y que parecen corresponder a los restos de ofrendas o banquetes rituales. En segundo lugar porque, como se ha podido comprobar en los últimos trabajos de campo (Sibón 2001), los vertidos se estratifican siguiendo un patrón predeterminado, en el que se alternan de manera consciente capas estériles, restos orgánicos, fragmentos de contenedores, grandes piedras, vajilla de mesa mezclada con ripios de mediano tamaño, etc. Y, por último, porque la evidencia de la *sacralización* de estos espacios, con ritos de apertura y sellado, y algunos indicios de celebración de rituales en y sobre las propias estructuras (*Cf.* Niveau de Villedary 2001b: 210-230), nos invita a interpretarlas como depósitos consagrados —*bothroi*— para los restos de estas ofrendas y/o banquetes; que quizás debieron almacenarse con anterioridad en algún otro sitio —ya que están muy rodados— y al acumularse, provocaban limpiezas cíclicas<sup>11</sup>. Estos restos se depositarían, bien en grandes fosas, muy abundantes en toda la necrópolis y con material parecido (Miranda y Pineda 1999: 154-156; Blanco 1998: 68; Sibón 2001: 30-31), o bien en pozos que por causas diversas hubiesen dejado de ser funcionales o construidos expresamente para tal fin.

\* \* \*

En este trabajo nos limitaremos a presentar el material cerámico que rellena estas estructuras, con el objeto de aproximarnos formal y funcionalmente al elenco material de esta época en la zona, dejando para posteriores trabajos el análisis e interpretación de estas estructuras en el contexto de la necrópolis y su probable funcionalidad ritual.

<sup>11</sup> No debemos olvidar que en Oriente y, por ende, en el mundo fenicio-púnico, los materiales usados en las ceremonias funerarias se consideran sagrados y, por lo tanto, no pueden ser reutilizados en la vida cotidiana, inutilizándose mediante su fractura intencionada. Aun así continúan siendo material consagrado, de ahí la necesidad de su amortización final en estos depósitos, que al tiempo que garantizan su definitiva retirada de la circulación, salvaguardan el carácter sacro de los mismos.

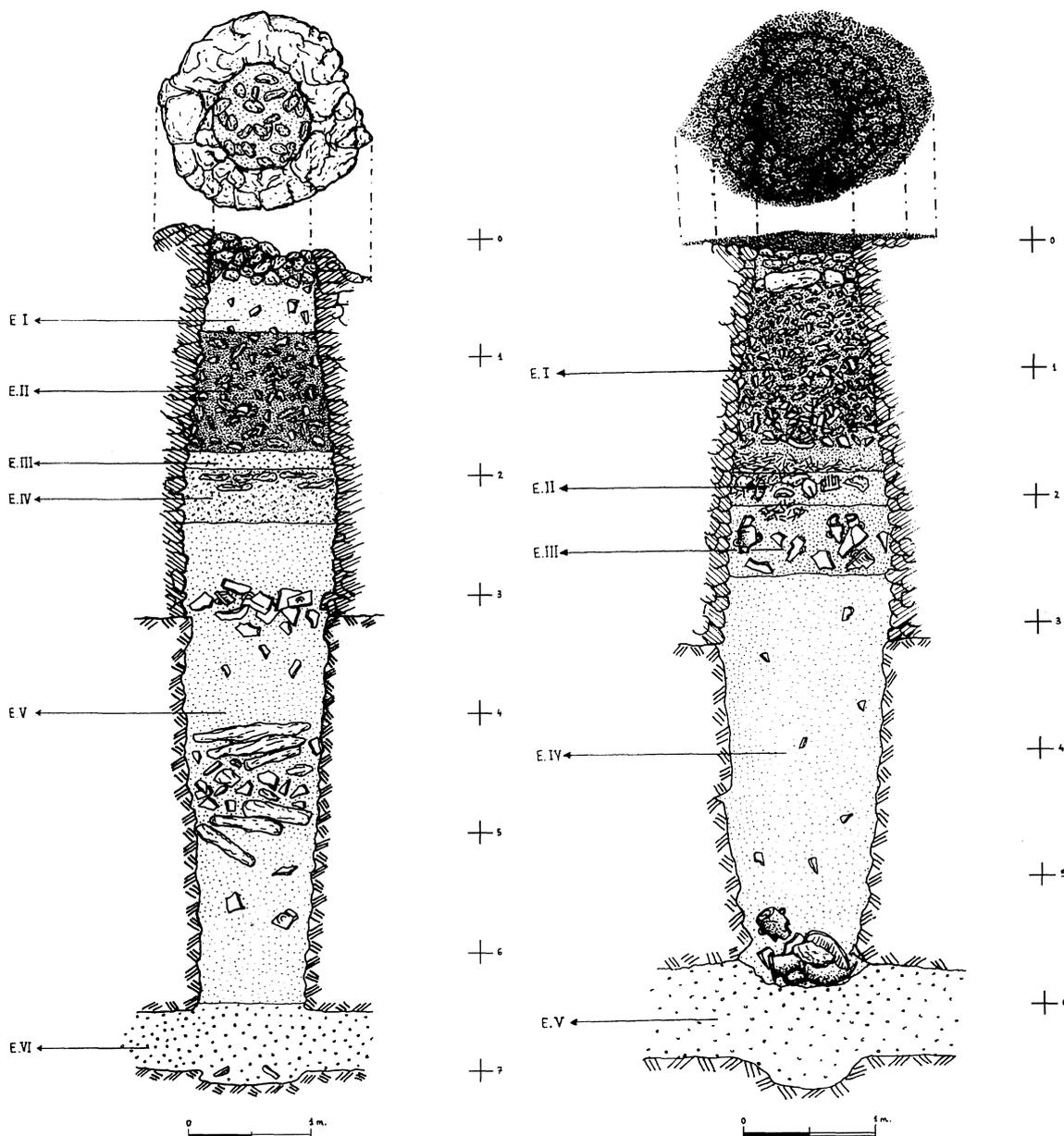
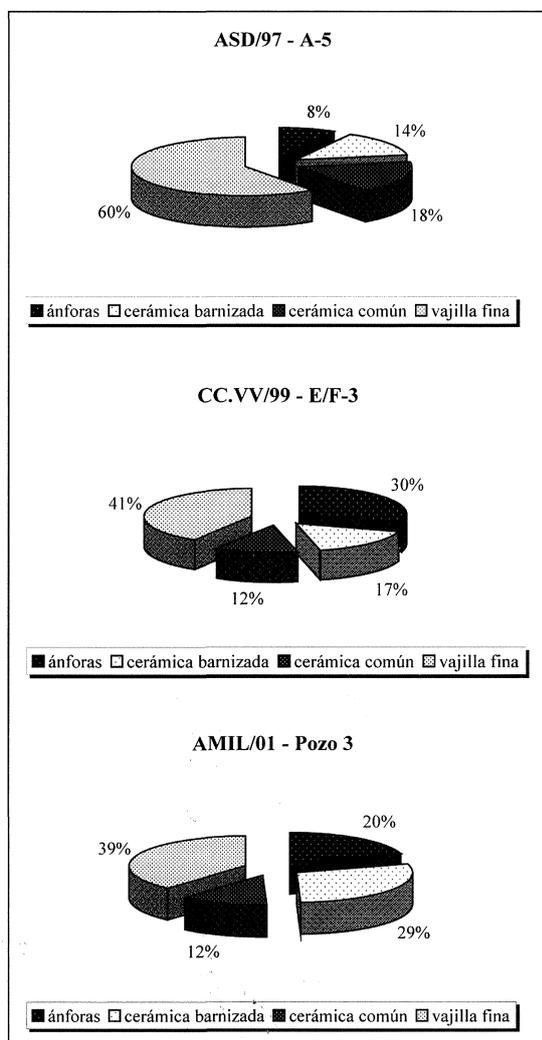


Fig. 3. Pozos: plantas y secciones (II) . 1. Pozo 1 de AMIL-01 (E-10). 2. Pozo 3 de AMIL-01 (B-7) (Sibón 2001).

Queremos volver a insistir en el grado de similitud —y por tanto no creemos que sea fruto de la casualidad— que existe entre los materiales procedentes del pozo de Varela y los recuperados del pozo 1 (A-5) de Asdrúbal y 3 de Amílcar Barca (B-7), los tres que hemos estudiado detalladamente hasta ahora y que se fechan en el mismo momento —en torno a finales del siglo III a.C.—. En estos depósitos las formas que aparecen se repiten invariablemente, así como el peso porcentual de cada una de ellas dentro

del conjunto total <sup>12</sup> (Gráfico 1). Lo mismo podemos decir sobre las formas ausentes: tipos que no aparecen en uno, tampoco los documentamos en los otros.

<sup>12</sup> La menor representación de envases anfóricos entre los materiales del pozo de Asdrúbal se debe a que éstos suelen localizarse en los estratos más profundos del relleno, no documentados en este caso, en el que sólo se alcanzó la cota de menos cinco metros y medio (Blanco 1998: 63); mientras que, por el contrario, la vajilla fina y de mesa es la que colmata normalmente estos depósitos, como se ha podido constatar en las últimas intervenciones (Sibón 2001: 44).



Gráf. 1. Peso porcentual de los distintos grupos cerámicos dentro del conjunto material de los pozos. 1. CC.VV/99 - EF-3. 2. Pozo 1 de ASD/97 - A-5. 3. Pozo 3 de AMIL/01 - H-3.

## ÁNFORAS

Entre el numeroso material anfórico predominan como era de esperar los tipos gaditanos locales que desde hace unos años se vienen definiendo como «producciones occidentales», que serían las comunes a toda el área del «Círculo del Estrecho».

El peso mayor dentro del conjunto anfórico lo ostentan las formas más evolucionadas de Mañá-Pascual A4 (Ramón T-12.1.1.1. y T-12.1.1.2.)<sup>13</sup>. Sa-

<sup>13</sup> En aras a simplificar la descripción y nomenclatura de los tipos remitimos a la síntesis de Ramón (1995), dónde se pueden buscar las correspondencias con clasificaciones anteriores.

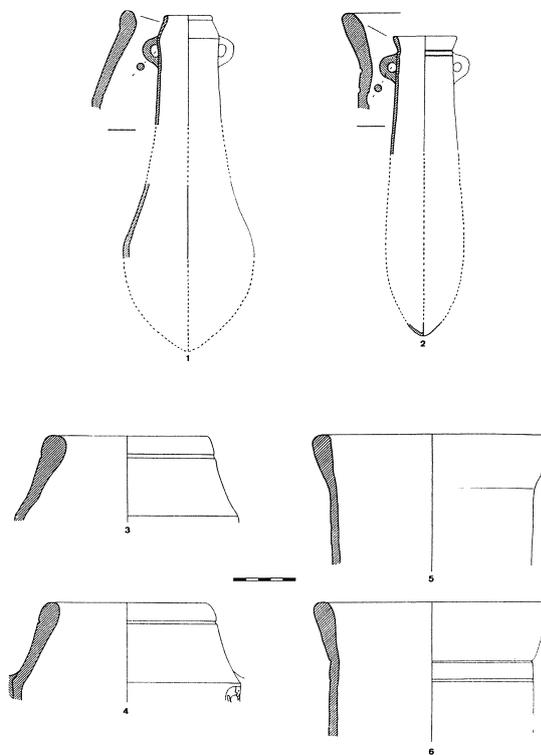


Fig. 4. Anforas de fabricación local. I. 1, 3 y 4. Mañá-Pascual A4. 2, 5 y 6. Tipo «Carmona». (Elaboración propia).

bemos que estos envases, que conocen una difusión inusitada por todo el Mediterráneo, fueron utilizados para el transporte y comercialización de los productos derivados de la pesca y salazones, como muestran su distribución y el análisis de sus contenidos, tanto en los lugares de origen como en los de destino. En líneas generales se las puede considerar como las herederas de las ánforas fenicias «de saco» de época arcaica. Hallamos dos subtipos: el primero presenta borde con leve engrosamiento al exterior (Fig. 4, 1). Se trataría de la variante A-4e de Muñoz (1985: 474, fig. 4), que Ramón fecha desde fines del s. IV hasta el s. II (1995: 237-238). El otro subtipo se caracteriza por la acanaladura situada bajo el labio, que no se señala al exterior (Fig. 4, 3 y 4). Se trata de la variante A-4f de Muñoz (1985: 474, fig. 4) y Ramón sitúa su producción y comercialización en momentos de Segunda Guerra Púnica (1995: 239).

Las T-8.2.1.1. son junto a las anteriores las más numerosas (Fig. 4, 2, 5 y 6), aunque al igual que éstas se hallan en un estado bastante fragmentario y rodado. Se trata de recipientes de origen occidental, concretamente de la zona gaditana, donde tenemos documentada su fabricación en los hornos de Torre Alta (Perdigones y Muñoz 1988: 110), que perduran

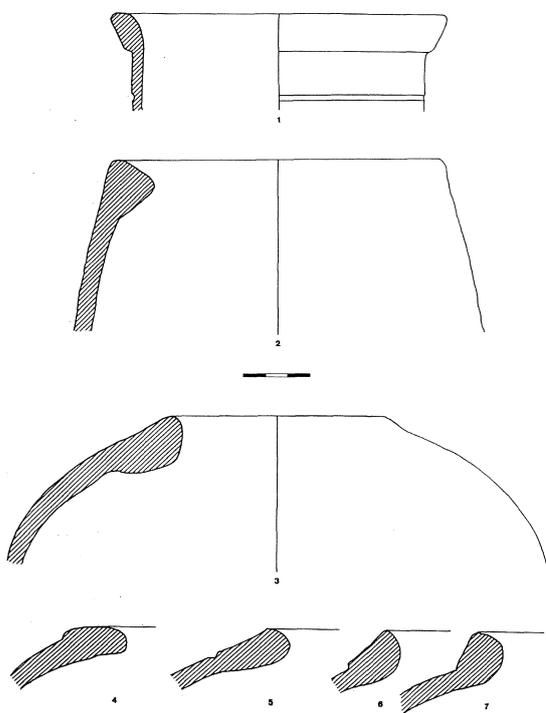


Fig. 5. Anforas de fabricación local. II. 1. Muñoz E-2. 2. «Tiñosa». 3-7. Iberopúnicas o turdetanas. (Elaboración propia).

hasta bien entrado el s. II, documentándose en un gran número de yacimientos andaluces y levantinos<sup>14</sup>.

En una proporción mucho menor hallamos otros tipos también de fabricación gaditana o extremo-occidental. Entre éstos se encuentran una serie de ánforas de aspecto más grácil y paredes finas o anforiscos (T-91.1.1. y T-91.1.2.) (Fig. 5, 1), que en cierta manera versionan el tipo anterior y que, posiblemente, sean evolución de éstas. La presencia de T-8.1.1.2 (Fig. 5, 2), la forma más frecuente en los yacimientos de la campiña y en los valles del Guadalete y Bajo Guadalquivir (Niveau de Villedary 1999c: 134) es aquí, sin embargo, prácticamente testimonial. Son contenedores bastos, de paredes gruesas, pastas poco depuradas, escamosas y acabado irregular. Aunque Ramón plantea la posibilidad de que prototipos de Ibiza sirviesen de modelo a los alfares occidentales para su producción (1995: 222), no creemos que haya suficientes elementos de peso para apoyar esta hipótesis<sup>15</sup>. En último lugar, entre las ánforas de pro-

<sup>14</sup> Hemos podido comprobar personalmente su presencia en contextos de la segunda mitad del s. III a.C. en Ampurias y de la primera mitad del s. II a.C. en Villaricos.

<sup>15</sup> La presencia de envases púnico-ebusitanos en la zona es prácticamente testimonial hasta la primera mitad del s. II

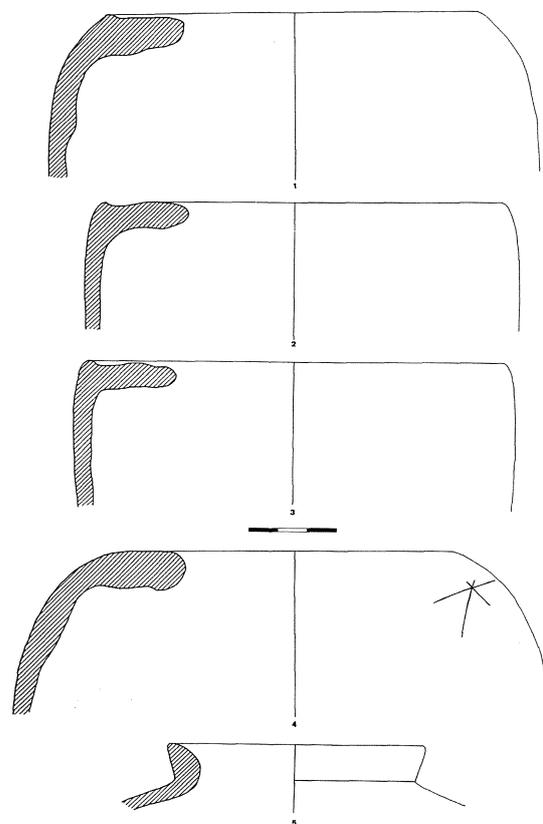


Fig. 6. Anforas púnicas centromediterráneas. 1. Mañá D-Olbia. 2-3. Mañá D. 4. ¿Producción siciliota?. 5. Merlin-Drap-pier 3. (Elaboración propia).

ducción local, podemos citar la presencia de T-4.2.2.5. (Fig. 5, 3 a 7), consideradas iberopúnicas por Pellicer (1978: 400) y que con más propiedad deberíamos denominar turdetanas (Niveau de Villedary 1999c: 134), aunque su filiación, o al menos su origen, es más que probable que debamos buscarlo entre las producciones púnicas (*Ead. e.p. b*).

Junto a las producciones de origen gaditano hallamos, en una proporción bastante significativa si tenemos en cuenta las fechas en las que nos movemos —momentos de Guerras Púnicas—, un conjunto importante de producciones púnicas centromediterráneas. El origen de las ánforas T-4.2.2.5. (Fig. 6, 5) hay que buscarlo entre las formas ovoides arcaicas (Martín Camino y Roldán 1994: 468), aunque su

a.C., cuando comienzan a importarse de forma masiva las PE-17 y 18 (Niveau de Villedary e.p. c), según vemos en yacimientos de esta cronología (excavación de urgencia inédita de la *c/ Durango* en el casco urbano de El Puerto de Santa María, Cádiz, en asociación a ánforas Mañá C, campaniense A antigua, etc.), pero ya en momentos que hay que relacionar con la penetración de las tropas y los primeros contingentes poblacionales romanos.

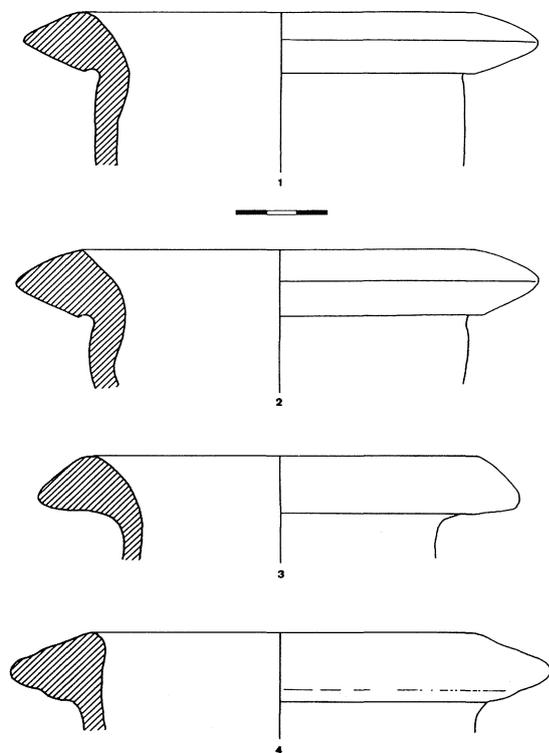


Fig. 7. Anforas grecoitalicas. (Elaboración propia).

producción se fecha en la segunda mitad del s. III a.C. Se fabricaron en Sicilia, Cartago (Ramón 1995: 183) y Malta (Vidal 1996: 83-84) y su expansión hacia Occidente debió ser, por la cantidad de ejemplares que se van reconociendo<sup>16</sup>, mayor de lo que se pensó en un principio (Martín Camino y Roldán 1994: 474), llegándose, incluso, a imitar en talleres locales<sup>17</sup>. Por su parte, las formas que se corresponden con la Maña D clásica y variantes son bastante numerosas. Documentadas desde el s. IV a.C. de forma sistemática en los centros púnicos de Sicilia, Túnez y Cerdeña (Ramón 1983), comienzan a exportarse hacia Occidente en esa misma centuria y alcanzan su máxima expansión en la siguiente. Tenemos representados varios tipos. En primer lugar contamos con una serie de ejemplares (Fig. 6, 1) que se corresponden con la variante T-4.2.1.5. también conocida por D-Olbia (*Id.* 1981: 12-13 y 1983: 511). Aunque el momento álgido de su fabricación se si-

<sup>16</sup> Sólo en el entorno de la bahía de Cádiz, conocemos un gran número de ejemplares, cada vez más numerosos: en el yacimiento del Castillo de Doña Blanca y el vecino poblado de Las Cumbres (Niveau de Villedary 1999c: fig. 3, 3 y 4; *Ead.* y Ruiz Mata e.p. a), en las factorías de salazones (Frutos, Chic y Berriatúa 1988: 299) y, como estamos viendo, también en la necrópolis gaditana (Niveau de Villedary e.p. a: fig. 5,5).

túa hacia mediados del s. IV, ésta perdura al menos hasta la primera mitad del s. III a.C. (*Id.* 1995: 189). Otro conjunto —T-5.2.3.1.— (Fig. 6, 2 y 3), presenta ya el cuerpo cilíndrico largo y perfecto y la boca formada por una banda de anchura variable, surcada por acanaladuras concéntricas, aunque aún no demasiado definidas. Quizás nos hallemos ante tipos intermedios<sup>18</sup> entre ambas tradiciones, algo anteriores a los modelos clásicos de la Segunda Guerra Púnica y estemos hablando de ánforas de mediados del s. III a.C. o incluso anteriores. En último lugar nos encontramos ante un ejemplar (Fig. 6, 4) cuyos paralelos más cercanos (T-4.2.2.3.) nos conducen a una serie de producciones de origen incierto, ya que se documentan en Sicilia, aunque bien podrían proceder del área tunecina (*Id.* 193). Se caracteriza por su perfil cilíndrico y la espalda constituye una inflexión curvada por encima del arranque superior de las asas que enlaza, sin solución de continuidad, con el borde. Cronológicamente serían algo anteriores al conjunto general del material, ya que su producción y difusión se sitúa entre la segunda mitad del s. IV y la primera mitad del III a.C.

Las ánforas grecoitalicas son todavía mal conocidas, pues no sabemos con precisión los tipos anfóricos producidos por las diferentes ciudades magnogrecas. Ante esta situación se ha caído con demasiada frecuencia en la tentación de agrupar las ánforas de la Italia meridional de los siglos IV y III a.C., bajo la vaga, y no siempre acertada, denominación de grecoitalicas. A esto tenemos que añadir el hecho de que en muchos de los casos contemplados quizás tengamos que hablar de copias locales que sabemos se fabricaron en esta zona, como evidencian algunos de los hallazgos de Torre Alta. A falta de un análisis completo y detallado podemos aventurar la presencia entre nuestros ejemplares (Fig. 7) de estas imitaciones locales (TA 5 de Muñoz), junto a ejemplares originales de los tipos MGS IV y MGS V (Vandermersch 1994).

#### VAJILLA TIPO «KUASS»

Entre los materiales recuperados de los pozos destacan, tanto por su número, como por su calidad técnica y por el buen estado de conservación de la mayoría de las piezas, un gran número de vasos de lo que hasta ahora se ha venido denominando cerámica de «Kuass» (Ponsich 1969), y que a partir de ahora llamaremos de tipo «Kuass», con vistas sobre todo a facilitar su identificación, pues su origen gaditano ya no se puede discutir (*Cf.* Niveau de Villedary 1999b, 2000 y 2001c).

Conocemos por cerámica tipo «Kuass» a la vajilla que reproduce formas derivadas tipológicamente de los vasos áticos de barniz negro<sup>19</sup>, pero que a diferencia de éstos, se recubren de barnices rojos o castaños. En principio, se denominaron así porque fue en este yacimiento norteafricano donde Ponsich (1968) las identificó por primera vez y las dio a conocer. Desde entonces, su presencia se había interpretado como el exponente material de la intensificación de los contactos comerciales con el norte de Africa durante el s. III; pero desde hace unos años, y ante el espectacular aumento del *corpus* de datos y de la aparición de alfares a esta orilla del estrecho<sup>20</sup>, ha quedado asumido por la investigación el origen gaditano, largamente sospechado, de estas cerámicas<sup>21</sup>.

<sup>17</sup> Es el caso del ejemplar completo que apareció en el posible faro de la zona portuaria del Castillo de Doña Blanca (en el sector conocido por «espigón») (Ruiz Mata 1987b: 382), al parecer, de fabricación local.

<sup>18</sup> Ramón plantea la posibilidad de que entre las T-4.2.1.5. y las T-5.2.3.1. hubiesen existido una serie de tipos «intermedios» que debido a lo escaso y fragmentario del material de esa época, no se pueden definir con precisión, pero que de alguna manera hubieron de existir, ya que la evolución entre ambos tipos es demasiado brusca y las T-5.2.3.1 introducen elementos del todo nuevos (1995: 197).

<sup>19</sup> Entre el material de los pozos la cerámica de barniz negro es escasa y da la impresión general de que se trata de piezas bastante arcaicas dado el contexto cronológico en el que nos movemos. Sin embargo, de acuerdo a nuestra teoría sobre la formación del depósito, tampoco debe extrañarnos la presencia de este material. Entre la cerámica del pozo E/F-3 de los Cuarteles de Varela destaca un borde de pequeñas dimensiones, bastante rodado y evidentemente anterior al resto de materiales, de «Copa Cástulo». El resto, también bastante rodado debe pertenecer a producciones de talleres de la Magna Grecia de fines del IV. Las formas documentadas se reducen a unas pocas: la más representada es el plato de pescado, le siguen una serie de fondos decorados a base de palmetas y estrias a ruedecilla y las lucernas. Uno de los fondos, por pasta y forma parece una producción más moderna, no podemos asegurar con certeza si campaniense, posiblemente de algún taller local del s. III a.C.

<sup>20</sup> Tenemos documentada la producción de cerámicas de tipo «Kuass» en los hornos púnicos de Torre Alta (Frutos y Muñoz 1994: 398), en torno a la primera mitad del s. II y en los cercanos de Pery Junquera (González Toraya *et al.* 2000: 180-181) en un momento algo posterior —hacia la segunda mitad del s. II—. En ambos casos se trata de la última fase de vida del taller gaditano, en un momento en el que ya se ha introducido con éxito la campaniense A y, por tanto, de carácter residual (Niveau de Villedary 2001c: 369-372); aunque nos sirve para atestiguar la fabricación de este tipo de vajilla, que tanto éxito alcanzó en la centuria anterior, en la bahía de Cádiz.

<sup>21</sup> Teoría que cobra más peso a partir del momento en que las recientes revisiones del material procedente del yacimiento de Kuass, ponen en duda la fabricación en masa —y por tanto la capacidad de exportación— de la vajilla tipo «Kuass» en el complejo industrial marroquí (Aranegui *et al.* 2000: 21), en el que no llega a documentarse ni doscientos ejemplares (*Id.* 19). Por el contrario, la documentación de ejemplares de esta clase cerámica es cada vez mayor a esta

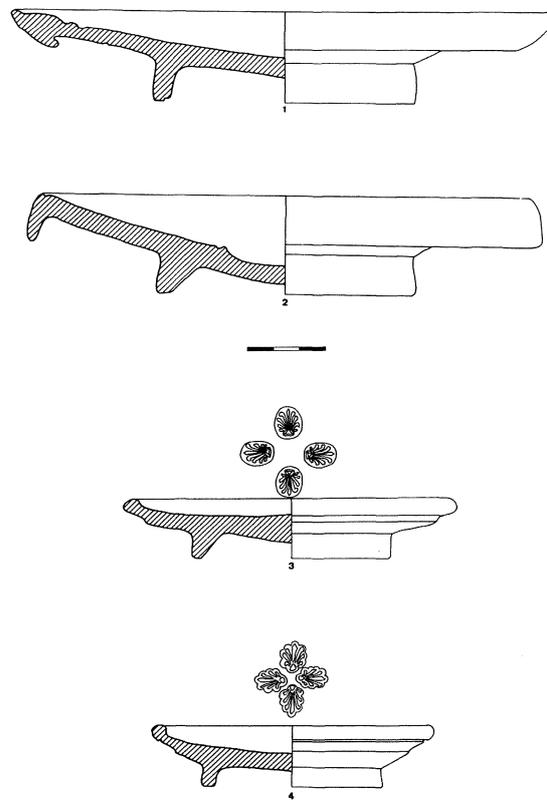


Fig. 8. Cerámica tipo «Kuass». I. Platos. 1. Plato moldurado. 2. Plato de pescado. 3-4. «Rolled Rim Plates». (Elaboración propia).

Entre los materiales de los pozos hemos podido documentar prácticamente la mayoría de las formas que conocemos, aunque en estos contextos abundan las más cuidadas, decoradas en su mayoría, mientras que, por el contrario, las formas que más se repiten en los lugares de habitación —los platos de pescado y los cuencos de borde reentrante de la forma L-24— (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 897), apenas si se encuentran representadas en estos conjuntos de tipo ritual.

En términos generales<sup>22</sup> diferenciamos funcionalmente entre los vasos utilizados como servicio de mesa (platos, recipientes para beber, elementos para servir y otros de usos varios) que son los más numerosos, los que podríamos considerar como pertenecientes a un servicio de tipo «suntuario» y, por último, las lucernas.

orilla del estrecho, existiendo un área neurálgica de fabricación y distribución en torno a la bahía de Cádiz (la argumentación detallada de esta idea en Niveau de Villedary 2001c, en especial cap. 9).

<sup>22</sup> Para todo lo referente a la tipología y funcionalidad de las formas de «tipo Kuass» remitimos a nuestra Tesis Doctoral (Niveau de Villedary 2001c).

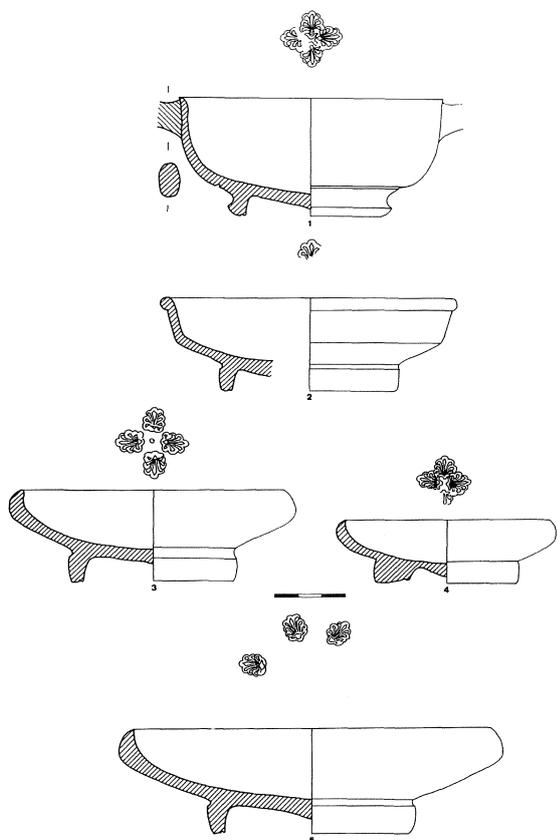


Fig. 9. Cerámica tipo «Kuass». II. Vasos y cuencos. 1. Bolsal. 2. Forma L-22. 3. Forma L-21. 4. Forma L-21/25 B. 5. Forma L-21 de tamaño grande. (Elaboración propia).

Entre los platos destacan ciertos ejemplares que se caracterizan por presentar por toda su superficie una serie de «accidentes»: surcos, acanaladuras, engrosamientos, etc., que complican enormemente los perfiles<sup>23</sup> (Fig. 8, 1). Esta forma es poco frecuente, quizás debido a lo complicado de su ejecución, aunque son más numerosos en este tipo de ambientes de naturaleza ritual y funeraria<sup>24</sup>, que en los de habitación. La presencia de platos de pescado (Fig. 8, 2), aunque importante, nunca llega a alcanzar en la

<sup>23</sup> La Forma I de la tipología específica «tipo Kuass» (Niveau de Villedary 2001c: 84-88).

<sup>24</sup> Habría que preguntarse si esta forma, de complicado perfil y tradición «toréutica», no estaría evocando, en cierto modo, a algunos tipos utilizados sobre todo en contextos rituales, recipientes libatorios como las fialas (Sparkes y Talcott 1970: 105-106), generalmente fabricados en materiales más nobles como el metal (*Idem*), cuya producción comienza a decaer a finales del s. II a.C. como consecuencia de la progresivo abandono, por parte de los talleres de barniz negro, del barroquismo que caracteriza a los primeros momentos (Morel 1981: 505).

crópolis la proporción con la que los encontramos en los contextos de habitación. Lo contrario sucede con los platitos de tamaño reducido y escasa altura<sup>25</sup> (Fig. 8, 2 y 4), forma que se populariza en época helenística. Se trata de un tipo que se decora en un alto porcentaje mediante la impresión de estampillas. Posiblemente se trate de una de las últimas importaciones de cerámica ática de barniz negro y, por consiguiente, una de las primeras formas copiadas por el taller gaditano (Niveau de Villedary e.p.c). Su presencia en estos contextos nos lleva a pensar que quizás estemos, como en el caso de la Forma I, ante una forma concebida en gran medida para el culto.

Entre las formas de vasos cabe citar la presencia de algunos bolsales (Fig. 9, 1). Parece que existe unanimidad entre los especialistas a la hora de considerar al bolsal como una forma típica para la bebida (Ruiz Mata 1995: 188), especialmente para el vino (Principal 1998: 12). Aunque presentes no son, sin embargo, demasiado numerosos. Algo más frecuente es la presencia de copas de borde exvasado<sup>26</sup> (Fig. 9, 2). Los ejemplares que ahora presentamos siguen fielmente los prototipos más antiguos: borde engrosado al exterior y perfil que describe una línea continua desde el pie hasta el borde, a diferencia de las formas más frecuentes en las zonas de habitación, de perfiles más evolucionados (L-28 y L-29). Sin embargo, la forma barnizada de mayor éxito en los depósitos rituales es el cuenco de borde reentrante<sup>27</sup> (Fig. 9, 3 y 5), algo posterior al cuenco de borde saliente, pues aparece en el s. IV a.C. perdurando durante todo el período helenístico. La mayoría de las imitaciones son derivaciones áticas directas, localizadas sobre todo en el área geográfica púnica. Esta forma es la más representada entre la vajilla de la necrópolis y, sin embargo, en los poblados es poco frecuente, sustituyéndose por el cuenco más estrecho y alto<sup>28</sup> —que a diferencia de éstos nunca se estampilla—, forma totalmente ausente en

<sup>25</sup> Forma III de la tipología «tipo Kuass» (Niveau de Villedary 2001c: 101-105), cuyos prototipos inmediatos hay que buscarlo entre los «rolled rim plates» áticos (Sparkes y Talcott 1970: 147).

<sup>26</sup> Forma VIII (Niveau de Villedary 2001c: 116-125) que procede de la evolución de las formas áticas conocidas por «outturned rim bowls», que se corresponden con la L-22 campaniense. Comienza a fabricarse en Atenas en el último cuarto del s. Va.C. y se populariza en el IV. siglo en el que se exporta a Occidente de forma masiva como nos muestra el cargamento de la nave de El Sec (Cerdá 1987: 259 ss.).

<sup>27</sup> La clásica L-21, Tipo IX-B (Niveau de Villedary 2001c: 128 y 134), que copia fielmente a los «incurving rim bowls» del Agora de Atenas (Sparkes y Talcott 1970: 131-132).

<sup>28</sup> Derivado de la L-24, Tipo IX-A de la clasificación «tipo Kuass» (Niveau de Villedary 2001: 126-128, 130-133 y 135-136).

la necrópolis. Aunque no se trata de un tipo demasiado frecuente, sí aparecen en proporción significativa estos pequeños cuencos, tan característicos entre todas las producciones barnizadas<sup>29</sup> (Fig. 9, 4).

Las formas cerradas<sup>30</sup> (Fig. 10, 1, 2, 4, y 5) son mucho más escasas. Bajo esta denominación reunimos una serie de vasos que, aunque morfológicamente difieren entre sí, comparten una serie de rasgos formales y, sobre todo, funcionales que nos invitan a considerarlas en conjunto. Se trataría de formas cerradas y profundas, en general de pequeño tamaño, aunque existen notables excepciones<sup>31</sup>. Las bocas son muy diversas desde el punto de vista tipológico, pero responden a una misma concepción práctica: su utilización para el vertido de líquidos, función por la cual también suelen ir provistas de asas. La utilización de aceites perfumados o ungüentos en los rituales funerarios y como ofrendas al difunto, provocan que su presencia sea mayor en estos ambientes que en las zonas de habitación. Por último, en cerámica tipo «Kuass» tenemos representadas dos tipos de lucernas: una abierta<sup>32</sup> y otra de perfil típicamente helenístico<sup>33</sup>, que es la que documentamos entre los materiales recuperados de los pozos (Fig. 10, 3), aunque en contextos de hábitat, las primeras son mucho más frecuentes (Niveau de Villedary 1999b: 122). Las lucernas, a diferencia de lo que ocurre entre la población ibérica, aparecen con relativa frecuencia en los ambientes púnicos, tanto funerarios como de hábitat (Cabrera 1997: 383).

No queremos terminar sin traer a colación el significativo número de fondos que tenemos documentados, pues aunque no puedan ser adscritos con total seguridad a un tipo formal determinado, por la presencia de estampillas creemos que debemos mencionarlos. En líneas generales se caracterizan por lo

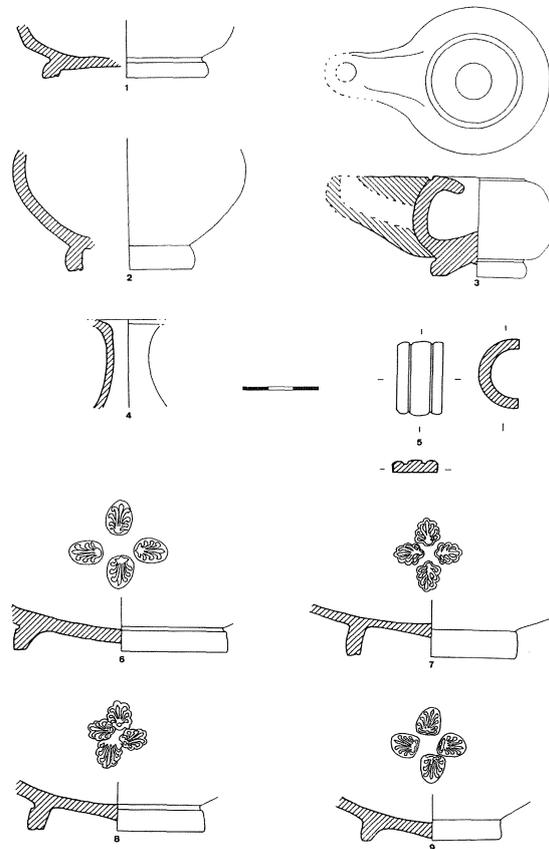


Fig. 10. Cerámica tipo «Kuass». III. Otros. 1, 2, 4 y 5. Formas cerradas. 3. Lucerna de tipo helenístico. 6-9. Fondos estampillados. (Elaboración propia).

cuidado de su ejecución, las pastas suelen estar bastante depuradas y los pies son esbeltos, en muchas ocasiones con surcos bajo la zona de reposo. La decoración estampillada que con frecuencia presentan las cerámicas de tipo «Kuass» es, quizás, el rasgo más característico de éstas, que le otorga personalidad al taller. Aunque formalmente se inspiran en las decoraciones de las últimas producciones áticas, el taller gaditano va desarrollando un estilo propio e inconfundible, tan exclusivo, que nos permite utilizar esta característica como rasgo discriminatorio a la hora de identificar la producción (Morel 1992: 222). Aunque los motivos que se utilizan son dos: rosetas y palmetas, el primero de ellos en ocasiones puntuales, y el segundo bien aislado o bien formando grupos; en todos los casos en los que se ha documentado decoración estampillada entre los materiales de la necrópolis, el motivo es siempre el mismo: cuatro palmetas en forma de cruz (Fig. 10, 6-9). Y sólo como algo excepcional, y en las ocasiones en que el mayor tamaño del vaso lo permite, en núme-

<sup>29</sup> Tipo IX-C (Niveau de Villedary 2001c: 128-130 y 136-137), forma 21/25 B campaniense, que, al igual que las que hemos visto hasta ahora, también aparecen en el s. IV a.C. y perduran durante todo el período helenístico.

<sup>30</sup> Forma XV (Niveau de Villedary 2001c: 145-153).

<sup>31</sup> Aunque no se halló en ninguno de los depósitos de los que venimos hablando, queremos citar un ejemplar procedente de uno de los pozos excavados a comienzos de los años 80 en la Avenida de Andalucía (Ramírez 1982: 164-165), por su excepcionalidad. Junto a la jarra aparecieron otros materiales, también completos, entre los que destacan un cuenco cartaginés de la clase Byrsa 401, una copa de tipo «Kuass» estampillada y varias ánforas gaditanas (Ventura 1990: 1160); todos ellos expuestos en el Museo de Cádiz. Se trata de una imitación de prototipos metálicos aunque en su ejecución convergen muy diversas tradiciones: feno-púnicas, etruscas, helénicas, etc. (Niveau de Villedary 2001c: 148-149, 152-153 y 299).

<sup>32</sup> De boca amplia, escasa altura, piquera corta y ancha y asa de cinta horizontal –Forma XVI (Niveau de Villedary 2001c: 153-157).

<sup>33</sup> Forma XVII (Niveau de Villedary 2001c: 157-161).

ro de cinco <sup>34</sup> o en el caso contrario, sobre los cuencos del Tipo IX-C, aparecen tres, siguiendo un esquema frecuente en algunos talleres protocamparienses mediterráneos. La razón de este fenómeno puede estar en la ya aludida uniformidad del repertorio vascular, donde las formas, dimensiones y decoraciones parecen seguir un *canon* prefijado. Formalmente responden a una misma idea, pero estilísticamente son muy variadas, lo que nos está indicando que se trata de una producción de carácter eminentemente artesanal <sup>35</sup>. Sin embargo, llama la atención la ausencia absoluta de rosetas entre los diseños decorativos de los vasos de tipo «Kuass» de la necrópolis, sobre todo si tenemos en cuenta que recientemente se ha vuelto a incidir en el carácter simbólico de este motivo, signo ambivalente astral y vegetal, que en el mundo semita sustituye en ocasiones al símbolo de Astarté y Tanit (Belén y Escacena 2002: 174-175).

#### CERÁMICA COMÚN

El elenco tipológico característico del s. III a.C. es el resultado, con ciertas influencias foráneas, de la evolución de las propias formas fenicias occidentales de época arcaica (Ruiz Mata 1987a: 303; Ruiz Mata y Pérez 1995: 72; Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999: 126; Ferrer y García Fernández e.p.). El repertorio formal púnico-gaditano y turdetano <sup>36</sup>

<sup>34</sup> Este mismo esquema decorativo lo vemos en algunos de los ejemplares del yacimiento de Kuass (Cf. Ponsich 1969).

<sup>35</sup> En contra de esta afirmación se ha pronunciado recientemente O. Arteaga (Cf. Arteaga *et al.* 1997), que considera que nos hallamos ante una estructura de producción claramente industrial.

<sup>36</sup> Nos resulta muy difícil distinguir entre una y otra. Si parece que en la necrópolis gaditana las formas sean «púnicas» más puras, si por púnicas entendemos la cerámica parcialmente decorada propia de esta época en todo el Mediterráneo central y occidental, pero que tiene muy poco que ver con la cerámica cartaginesa o con la ebusitana, por poner sólo dos ejemplos. Más bien deberíamos, y esta es nuestra intención, empezar a hablar de cerámica púnico-gaditana, ya que pensamos que ésta tiene la suficiente personalidad y entidad por sí misma como para tener que depender de otros repertorios para su clasificación o filiación. Por otra parte, y como bien han demostrado los trabajos realizados en el Castillo de Doña Blanca, la cerámica considerada como turdetana, propia de los yacimientos del Bajo Guadalquivir, tiene su génesis en las cerámicas orientalizantes de época arcaica (Ruiz Mata 1987a: 303), y una y otra vajilla conviven sin que podamos distinguir entre una y otra con total seguridad en la mayor parte de los yacimientos de la Bahía de Cádiz (por ejemplo en el Castillo de Doña Blanca, Las Cumbres, factorías de salazones, Mesas de Asta, la Algaida, Ébora, etc.) (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 897; figs. 5 y 6; Ferrer y García Fernández e.p.). Algunas formas consideradas típicas turdetanas, sobre todo las que presentan decoración pintada, más fácilmente identificables, como las urnas

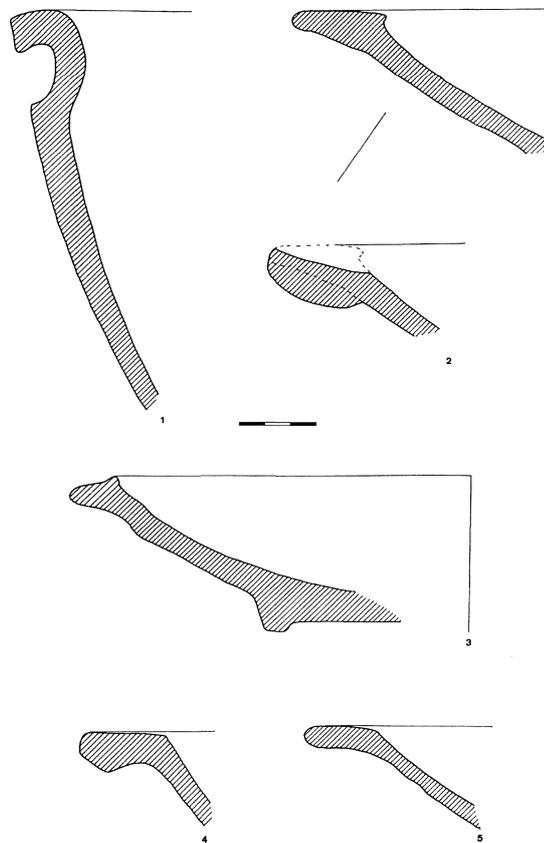


Fig. 11. Cerámica común. I. Grandes recipientes. 1. Lebrillo. 2. Fuente-mortero con vertedor. 3. Mortero local. 4. ¿Mortero de fábrica ebusitana? 5. Fuente. (Elaboración propia).

comienza a formarse a partir del s. V a.C., con la aparición de nuevas formas, en ese momento novedosas, que conocerán un extraordinario éxito a lo largo de los siglos siguientes. Bajo este epígrafe se engloba la cerámica no decorada, de medianas o grandes dimensiones, no demasiado cuidada, que con toda probabilidad se utilizaría para actividades de preparación y presentación de alimentos (Bats 1988: 45-51) y quizás de almacenamiento <sup>37</sup>.

Una de las formas características que surge ahora es el lebrillo, que aparece en el s. VI a.C. como una innovación tipológica y perdura hasta época romana. Los que aquí presentamos (Fig. 11, 1) difie-

pintadas a bandas, las pequeñas urnitas globulares, los platos de pescado decorados, etc., aparecen también en Cádiz (Fierro 1990), en proporción menor, aunque debemos tener en cuenta que en contextos muy diferentes.

<sup>37</sup> Otros autores diferencian entre la cerámica de cocina propiamente dicha, es decir la que se utiliza para cocinar los alimentos y que presenta, por tanto, una serie de rasgos similares en cuanto a sus características tecnológicas y morfológicas, y la cerámica de almacenamiento o despensa (Cf. Bats 1988; Campanella 1999).

ren en cuanto a características técnicas (pastas y cocción) y morfológicas (pues presentan rasgos bastante arcaizantes) de los que documentamos en los poblados (Ruiz Mata y Niveau de Villedary 1999: 126-127; figs. 2 y 3); y por sus grandes dimensiones y, sobre todo, por su profundidad podemos aventurar un posible uso como contenedor, a modo de *dolia*. Junto a ellos resulta destacable la gran presencia de morteros (Fig. 11, 3). Se trata de formas evolucionadas propias del s. III a.C., que presentan apéndices interiores, bordes más gruesos y amplias acanaladuras en la zona superior del borde. Algunos ejemplares podrían corresponder a tipos de fábrica ebusitana (Fig. 11, 4), o al menos se inspiran en ellos (Ramón 1990-91: fig. 8). También bastante común entre los repertorios púnicos centromediterráneos (Guerrero 1996: fig. 2, 8; Martín Camino y Roldán 2000) y con diámetros similares a los lebrillos, documentamos una serie de fuentes de escasa profundidad y con bordes horizontales y proyectados al exterior, que recuerdan a los de los típicos platos fenicios (Fig. 11, 5). A imitación de ciertos prototipos helénicos algunos ejemplares presentan picos vertedores (Fig. 11, 2) como sucede en los de origen itálico (Hartley 1973).

Como cerámica de cocina o cerámica en pastas de «tipo cocina»<sup>38</sup> hemos considerado las formas realizadas con pastas groseras y numerosos desgrasantes, y por tanto refractarias, que se asocian con funciones relacionadas con la cocina (Bats 1988: 216-218) o el fuego (Campanella 1999: 30). Se trata de ollas (Fig. 12, 1) o cazuelas<sup>39</sup> (Fig. 12, 2) de diferentes tamaños, de paredes muy finas y rectas que, en ocasiones, presentan dos asas dispuestas horizontalmente hacia la mitad del recipiente<sup>40</sup>. Responden a prototipos helenísticos centromediterráneos (Gómez Bellard y Gurrea 1985: 149) y suelen aparecer en contextos púnicos tardíos de finales del s. III a.C. y principios del II a.C. Aunque estas formas no están ausentes en los poblados, su presencia, al menos en el entorno gaditano, es meramente testimonial; mientras que, por el contrario, las formas de ollas tí-

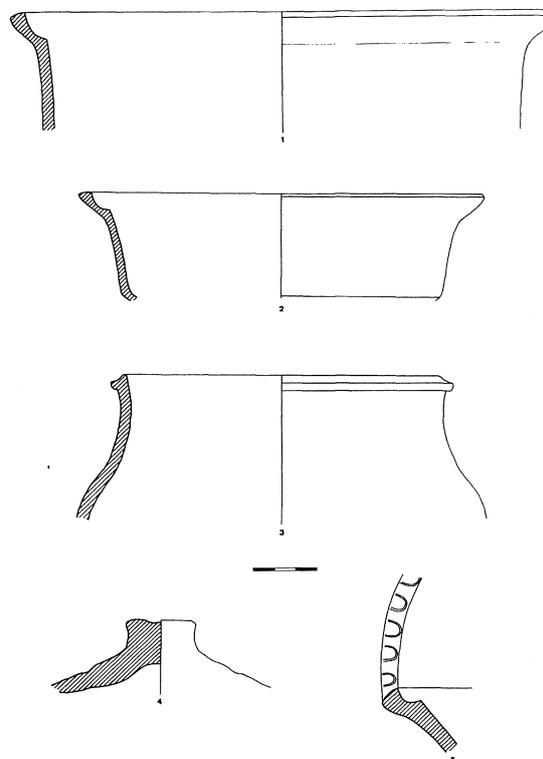


Fig. 12. Cerámica común. II. Cerámica con pastas de «tipo cocina». 1. Olla. 2. Cazuela. 3. Olla de borde de sección triangular. 4. Tapadera. 5. ¿Importaciones centromediterráneas? (Elaboración propia).

picas «turdetanas»<sup>41</sup> de la época: globulares, de borde redondeado y cuello corto y estrangulado, tan frecuentes en las zonas de habitación (Ruiz Mata 1987a: 309; Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 897; fig. 6, 8) aquí están totalmente ausentes. El elemento más característico es la presencia de un ligero escalón en la cara interna del borde que permite el apoyo de una tapadera. Éstas (Fig. 12, 4) son parecidas a las que podemos encontrar en el resto de yacimientos púnicos, de forma cónica, más o menos achatada para encajar en las molduras de los bordes de ollas y urnas y con asidero de botón en el vértice.

Otras formas de olla con bordes de sección triangular (Fig. 12, 3) y relativa profundidad<sup>42</sup>, podrían,

<sup>38</sup> Recientemente J. Blánquez ha llamado la atención sobre la necesidad de diferenciar entre la cerámica de cocina y las cerámicas que, aunque fabricadas con las mismas pastas, por los contextos en los que se hallan debieron tener otro tipo de uso, posiblemente ritual, aunque igualmente relacionados con el fuego.

<sup>39</sup> Distinción morfotipométrica en función de la profundidad (Guerrero 1995: 62), aunque difícil de aplicar en el caso de materiales muy fragmentados (*Id.* 68 y 85; Campanella 1999: 30).

<sup>40</sup> El análisis de las ollas del yacimiento de Monte Sirai, ha demostrado que las asas no aparecen, en ningún caso, con anterioridad al s. III a.C.; convirtiéndose en un elemento cronológico de gran fiabilidad (Campanella 1999: 33).

<sup>41</sup> Volvemos a insistir en que usamos estos términos un tanto arbitrariamente, en función sobre todo a diferenciar entre la cerámica puramente gaditana –la que aparece en la metrópolis– y la propia del resto de asentamientos de la bahía gaditana y desembocadura del Guadalquivir. Repertorios entre los que, a pesar de presentar numerosas concomitancias, se pueden percibir ciertas diferencias.

<sup>42</sup> Para algunos autores, las diferencias morfológicas en la cerámica de cocina se explican por la necesidad de cocinar de forma diferente cada tipo de alimento: mientras que las

a primera vista, confundirse con algunos tipos de urnas, pero la diferenciación es clara tipológica, funcional y técnicamente. Se trata de pastas groseras de tipo cocina, con numerosos desgrasantes de relativo tamaño, para una mejor difusión del calor y, generalmente, la superficie o parte de ella, aparece quemada <sup>43</sup>.

En este apartado aún cabe hablar de ciertos recipientes que posiblemente sean importaciones centro-mediterráneas (Fig. 12, 5), que nos han aparecido en todos los pozos analizados hasta el momento, por lo que su presencia en los depósitos no puede considerarse ni casual ni esporádica. Se trata de una especie de lebrillos, con labio moldurado similar al de las ollas, pero que presentan una serie de características que los individualiza de estos otros tipos; esto es, pastas verdosas con numerosos desgrasantes de muy pequeño tamaño, textura escamosa y superficies recubiertas de un ligero engobe de la misma arcilla. Además de la pasta y forma lo que les caracteriza es la peculiar decoración que presentan sobre el borde, a base de ovas incisas y profundas, seguramente impresas con punzón antes de la cocción. Ninguna de las características mencionadas es típica de las producciones locales. Los paralelos más próximos los hemos hallado en los «bracieri» de Cerdeña (Manfredi 1988: 230-232; fig. 1, b, c, d, f y g), que aunque en pastas diferentes —en este caso rosáceas y castañas (*Ead.* 222-223)—, presentan la misma decoración sobre el borde (*Ead.* 1991: 192; fig. 6, c, d, e; Gaudina 1997: fig. 2). Se trata de una forma de gran éxito en los ambientes púnicos centromediterráneos —sardos, sículos y norteafricanos— (Manfredi 1988: 232). Una vez aceptada la forma es posible que los talleres locales la reprodujeran.

#### CERÁMICA FINA

Dentro de la cerámica cuidada, los tipos y subtipos se multiplican, mostrando la enorme variabilidad formal que se alcanza en este período. En general se caracterizan por presentar pastas depuradas y finas, cocción regular y coloraciones uniformes. En ocasiones se decoran, aunque lo más frecuente en este momento es que las vasijas tan sólo aparezcan recubiertas de ligeros engobes de tonos amarillentos o de la misma pasta.

formas cerradas provocarían una cocción más lenta y gradual, las abiertas se utilizarían para freír (Guerrero 1995: 61-62).

<sup>43</sup> Con respecto a este tipo de ollas sucede lo mismo que veíamos para el anterior, son muy frecuentes entre los materiales hallados en la necrópolis y, sin embargo, su presencia es prácticamente testimonial en los poblados.

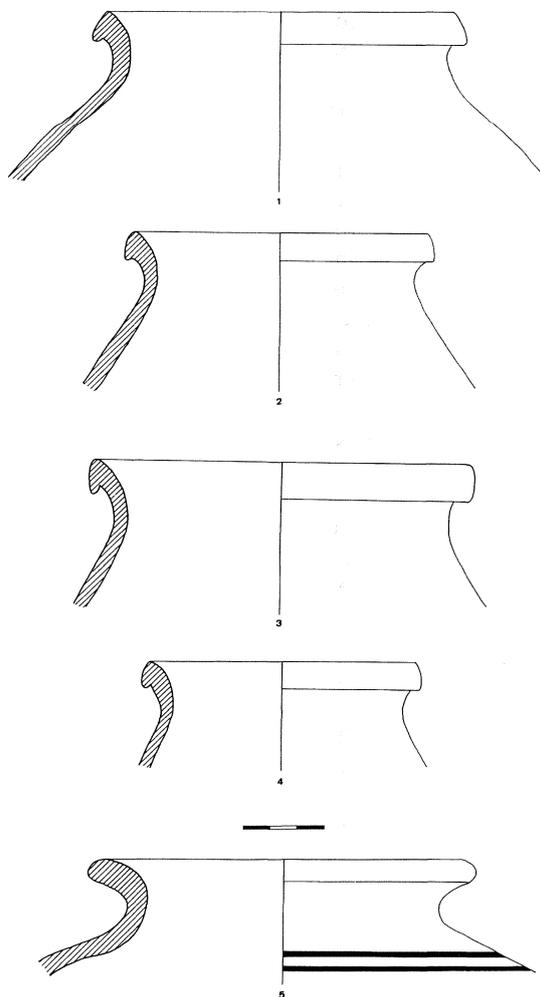


Fig. 13. Cerámica fina. I. Urnas. 1-4. Urnas de borde de sección triangular sin decoración. 5. Urna pintada. (Elaboración propia).

Una de las formas más ampliamente representada es la que denominamos urnas <sup>44</sup>. Se trata de una serie de recipientes de similares características técnicas —pastas depuradas y terminación cuidada— y funcionales —posible uso como vasos de almacenaje o contenedores—. Aunque en este período las formas utilizadas como urnas son muy numerosas (Ruiz Mata 1987a: 309), entre los materiales de los pozos es siempre el mismo tipo el que se repite invariablemente (Fig. 13, 1-4). Los cuerpos presentan un perfil ovoide, con hombros caídos y borde que descienden formando una ligera pestaña. Presentan

<sup>44</sup> Somos conscientes de que la voz «urna» remite a una categoría funcional, no formal, sin embargo la generalización del uso del término nos inclina a utilizarlo.

muchos rasgos en común con las formas típicas púnicas de Cartago (Cintas 1950) e Ibiza (Fernández y Costa 1995), lo que nos indica que se trata de un tipo común a todos los ambientes púnicos, tanto del Mediterráneo central como de su extremo más occidental. Sin embargo también aparecen, aunque de forma aislada, algunos ejemplares de urnas pintadas, que pueden ser de filiación púnica, con borde exvasado y algo acampanado, pintura amarillenta y bandas pintadas en tonos castaños bajo el hombro (Fig. 13, 5), o bien típicamente turdetanas (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 897; fig. 6, 6), destacando algunos fragmentos pertenecientes a urnas con baquetón sobre el hombro y decoración a base de amplias franjas de tono rojo-vinoso, que se combinan con líneas negras, y otra serie de galbos pintados.

A partir del s. IV a.C.<sup>45</sup> comienza a ser frecuente la documentación de grandes fuentes o páteras (Fig. 14, 1), relativamente profundas y con bordes cortos y verticales; junto a ellas, el cuenco (Fig. 14, 2) se convierte en el tipo de mayor éxito del momento, también entre los materiales de la necrópolis. Aunque presentan numerosas variantes, éstas no afectan a la forma general hemisférica. Los ejemplares del s. III a.C. no presentan ya, como en momentos anteriores, ningún tipo de decoración<sup>46</sup>, a excepción del ligero engobe que recubre las superficies.

En menor proporción aparecen otras formas. Los llamados platos de pescado (Fig. 14, 3-4) constituyen un caso paradigmático de la convergencia entre las tradiciones semita y helenística. Al contrario que los platos griegos las formas en cerámica común no marcan los pies al exterior y a diferencia de los turdetanos —aquí totalmente ausentes— que sí presentan decoración pintada, éstas tampoco se decoran. Aunque perviven platos de borde ancho y horizontal, suelen perder la decoración, y su presencia es casi testimonial, documentándose sobre todo ejemplares de tamaño muy reducido (Fig. 14, 5) con un presumible valor simbólico o ritual, más que funcional. La misma reflexión es válida para los pequeños cuencos de borde reentrante (Fig. 14, 6), tan frecuentes en los contextos turdetanos del Bajo Guadalquivir<sup>47</sup> y que en ambientes púnicos costeros apenas si se utilizan.

<sup>45</sup> Posiblemente procedan de formas anteriores orientalizantes, según la secuencia tipológica que muestra la cerámica del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata 1987a: fig. 1).

<sup>46</sup> Se trata de un elemento discriminatorio de gran interés a la hora de datar los conjuntos cerámicos locales.

<sup>47</sup> En yacimientos del Bajo Guadalquivir se han interpretado como lucernas, por la frecuencia con que presentan las superficies interiores y los bordes quemados y la ausencia, en los yacimientos donde se documentan, de lámparas de otros tipos. Por el contrario, y lo mismo que sucede en el resto de

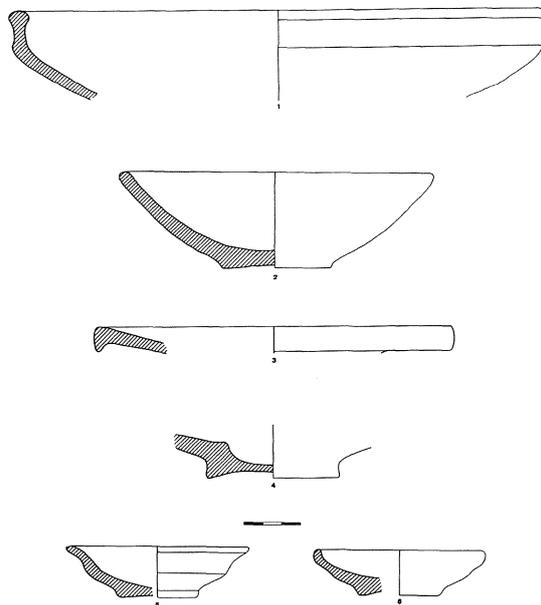


Fig. 14. Cerámica fina. II. Formas abiertas. 1. Patera. 2. Cuenco. 3-4. Platos de pescado. 5. Platito. 6. Pequeño cuenco de borde reentrante. (Elaboración propia).

Creemos que esto puede ser debido al hecho de que aquí se sustituyen por las mismas formas en cerámica barnizada de tipo «Kuass», que sí son muy numerosas. Se trata, en general, de piezas toscas, de aspecto más macizo que las barnizadas, con pastas groseras y poco cuidadas.

Las jarras son de muy variada tipología aunque siempre tienen en común la presencia de elementos de suspensión y la función de contener líquidos. Las asas suelen ser voladas para facilitar el vertido, los cuerpos más o menos globulares o cilíndricos, variando su tamaño, capacidad, secciones de las asas y forma de las bocas, que pueden ser de bordes verticales y rectos (Fig. 15, 1 y 3), trilobuladas (Fig. 15, 2) o de sección triangular como la de las urnas (Fig. 15, 4). En relación también con la función de contener líquidos, los vasos caliciformes (Fig. 15, 6-7) son copas altas, de inspiración helenística, que en contextos ibéricos sacros se han relacionado con la práctica de libaciones (Domínguez Monedero 1997: 397). A pesar de lo que en principio se pudiera esperar, las lucernas (Fig. 15, 8) no son muy numerosas y se reducen a las de tipología helenística, aun-

yacimientos de la bahía —en donde, por otra parte, estas formas no son demasiado numerosas—, sí documentamos recipientes fabricados exclusivamente para este fin, lo que no invalida la hipótesis de su utilización en funciones de iluminación, si bien en nuestros contextos habría que matizar esta afirmación, pues no todas aparecen quemadas.

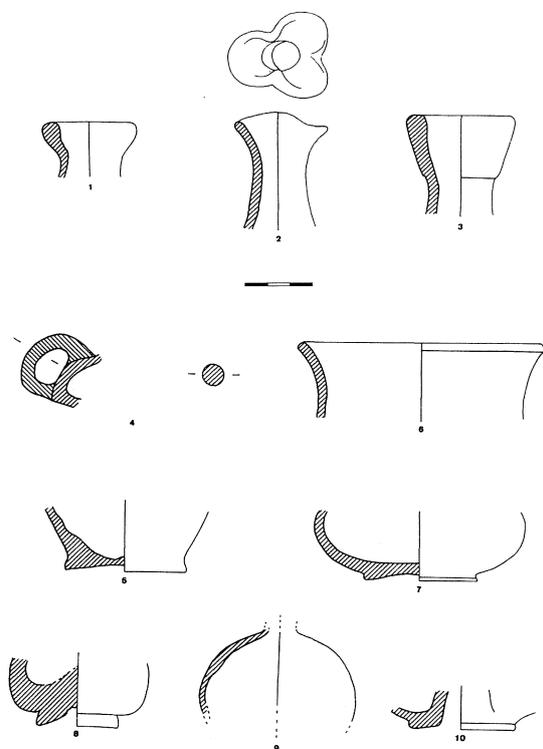


Fig. 15. Cerámica fina. III. Formas cerradas. 1-3 y 5. Jarras y botellas. 4. ¿Guttus? 6-7. Caliciformes. 8. Lucerna de tipo helenístico. 9. Ungüentario. 10. Quemaperfumes. (Elaboración propia).

que de fabricación local. Escasamente representados también, los quemaperfumes de doble plato (Fig. 15, 10) de esta época se caracterizan, en comparación con los ejemplares areaicos, por lo reducido de su tamaño. El uso de estos vasos es puramente religioso, ya sea como quemador de perfumes o como vaso de libación, por lo que su presencia es habitual en necrópolis y lugares de culto. En relación a la forma anterior, y aunque de forma excepcional y muy fragmentados, documentamos algún que otro fragmento de ungüentarios de tipología helenística (Muñoz 1986: 520) (Fig. 15, 9). Por último, pensamos que entre lo materiales del pozo de los Cuarteles de Varela podríamos tener representada una forma de guttus en cerámica común (Fig. 15, 4). Aunque no podemos afirmarlo con total seguridad, ya que la pieza no conserva elementos fundamentales como la boca o el pitorro vertedor, por el tipo de asa y la orientación del galbo, podríamos estar ante una ejemplar de guttus de fabricación local, posiblemente a imitación de prototipos centromediterráneos, donde la forma es frecuente en estos momentos. La presencia de estas formas en el contexto ritual del que hablamos no debe extrañarnos, pues parece que debieron

utilizarse para contener aceites y ungüentos, a pesar de que no hayamos documentado ningún ejemplar de barniz negro, y de que la forma tampoco se fabrica en los talleres gaditanos de vajilla barnizada (Niveau de Villedary 2001c: 311-312).

\* \* \*

Los pozos se colmatan en su mayor parte con fragmentos cerámicos, por lo que la presencia de otro tipo de materiales no es demasiado abundante tratándose, sobre todo, de los restos de alimentos que debieron consumirse durante los banquetes.

Los restos óseos, a falta de un análisis detallado, pertenecen a muy variadas especies, destacando los bóvidos, suidos, équidos, cánidos e incluso en ocasiones, encontramos —siempre, pensamos, con un sentido ritual— cráneos humanos<sup>48</sup>. Son frecuentes también las espinas, escamas y huesos de ictiofauna (corvina, atún, etc.), abundando sobre todo los restos malacológicos: diferentes tipos de múrex, lapas, caracolas marinas, navajas, almeja fina, etc., que en algunos casos forman acumulaciones evidentes (Blanco 2000: 66; Sibón 2001: 36).

Entre los materiales metálicos se han hallado algunas piezas de bronce y plomo, anzuelos y agujas de coser redes, pesas de telar en cerámica, etc. Con un carácter sagrado más evidente hay que citar la aparición de diversos fragmentos de pebeteros de cabeza femenina, cuya documentación comienza a ser bastante frecuente en el área del Círculo del Estrecho<sup>49</sup>, de una escultura de bulto redondo, en piedra

<sup>48</sup> *A priori*, llama la atención la frecuencia con que se documenta, en estos depósitos, la presencia de especies como los équidos y cánidos. Aunque sin descartar que pudieran servir como alimento (en este sentido son orientativos algunos trabajos, *vid.* Cardoso y Gomes 1997), la reiteración con que ambas especies aparecen en la necrópolis, con frecuencia completos, sin indicios de haber sido consumidos, y por los propios contextos en los que se documentan; pensamos que dicha presencia debe responder a algún rito o creencia escatológica, que aún se nos escapa (Niveau de Villedary y Ferrer e.p. a y b). Respecto a la documentación de cráneos humanos, éstos siempre aparecen en el fondo de algunos pozos. Pensamos que mediante esta presencia (que posiblemente haya que relacionar con un culto a los ancestros) se está sacralizando, de alguna manera, estas estructuras antes de proceder a los vertidos. El tema, no obstante, es complejo y excedería los límites de este artículo. Remitimos al lector a nuestros anteriores trabajos (*Cf.* Niveau de Villedary y Mariñas 2001b: 223-225; *Ead.* y Ferrer e.p. a y b).

<sup>49</sup> Conocíamos un pebetero casi completo de esta tipología que se conserva en la actualidad en el Museo de Córdoba (Marín Ceballos 1987: 51), un lote procedente de las excavaciones del santuario de La Algaida junto a la desembocadura del Guadalquivir (Blanco y Corzo 1983: 125) y cada vez son más numerosos los que aparecen en la necrópolis gaditana (información de F.J. Blanco, I. Córdoba, L. Perdígones y A. Muñoz) y en los yacimientos del Castillo de Doña Blanca y Las Cumbres (información de D. Ruiz Mata y C.J. Pérez).

ostionera local estucada, que apareció fragmentada y al parecer ya en desuso en el momento de ser arrojada al pozo (Sibón 2001: 36) y de varias estelas y cipos (Belén 1993; Muñoz 1989: 90). Para terminar citaremos la presencia de piedras de origen foráneo (gneis, granito, pizarra), algunas sin desbatar, pero otras trabajadas, que adoptan formas cilíndricas, y que quizás pudiéramos interpretar como betilos<sup>50</sup>.

\* \* \*

En general y desde el punto de vista exclusivamente formal, hemos visto que la vajilla típica púnico-gaditana del s. III a.C., forma un conjunto vascular fijo, bastante definido y, en cierto modo, particular.

La cerámica que hallamos en la necrópolis de Cádiz, a pesar de las concomitancias que presenta con el resto de las vajillas locales<sup>51</sup> que forman el elenco propio del «Círculo del Estrecho» (Niveau de Villedary 2001a: 339-341), se nos muestra con características particulares que la diferencian, por una parte, de estos conjuntos (ausencia de elementos pintados y de algunas formas típicas), y por otra, de los repertorios púnicos centromediterráneos clásicos, con los que guarda, sin embargo, cierto «aire de familia».

Nuestra opinión es que estas semejanzas y diferencias son el resultado —consciente— de la confluencia de diversas tradiciones en la configuración final del elenco cerámico que encontramos en los pozos y fosas, es decir, del utilizado en la necrópolis en este momento.

En líneas generales la mayor parte de las formas son el producto de la evolución morfológica de las anteriores formas fenicias, tal y como ya observó hace más de una década D. Ruiz Mata gracias a las estratigrafías del Castillo de Doña Blanca (1987a: 301-302). Sin embargo, y a diferencia de lo que sucede en el resto de yacimientos de la bahía de Cádiz (Vid. notas 36 y 51), las formas que pudiéramos considerar «turdetanas» típicas, en concreto las que

presentan decoración a base de bandas rojo-vinosas que alternan con filetes negros, tan frecuentes en estos otros ambientes, son en la necrópolis muy escasas, tanto que su presencia podría considerarse casi intrusiva. Lo mismo podemos decir de ciertas formas de la vajilla común: los típicos morteros, lebrillos y ollas tan frecuentes en estos ambientes (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 897; fig. 6) aquí se hayan ausentes y en su lugar documentamos otras morfologías<sup>52</sup>. En tercer lugar y en conexión con la idea anterior, la cerámica de la necrópolis muestra un importante componente centromediterráneo, no tanto en relación a la abundancia de piezas importadas, que aparecen en un porcentaje escaso, sino más bien en la influencia que éstas ejercen en el repertorio local, que adopta formas ajenas a las tradiciones propias, de forma que se reinterpretan «a la gaditana» toda una suerte de ollas, cazuelas, fuentes y morteros característicos de las vajillas ebusitana y sarda, entre otras. Aunque también hay que destacar la presencia en estos depósitos de cerámica de importación, envases anfóricos en su mayor parte. Se trata de las formas típicas de Mañá D y variantes y T-4.2.25. que, por el contrario, sí aparecen en proporción suficiente como para replantearnos el alcance de la presencia cartaginesa en la zona de Cádiz, que quizás tengamos documentado al menos —teniendo en cuenta algunas de las morfologías tempranas de estos envases— desde finales del s. IV a.C.<sup>53</sup>. Y, por último, no podemos olvidar la documentación de una vajilla de corte helenístico y fabricación propia, como es la vajilla de «tipo Kuass» (Niveau de Villedary 2001c), exponente máximo de la inclusión de Cádiz en la *koiné* estilística que a nivel mediterráneo tiene lugar en estos momentos<sup>54</sup>.

<sup>52</sup> Curiosamente evidenciamos el fenómeno inverso: las formas de ollas, cazuelas, fuentes y morteros que encontramos en la necrópolis, se hallan casi ausentes en la mayoría de los yacimientos de la bahía, suponiendo, cuando aparecen, elementos claramente ajenos al elenco típico local, o que al menos se pueden considerar «singulares».

<sup>53</sup> La evidencia material que muestra la necrópolis, nos lleva ahora a rectificar algunas de las conclusiones a las que habíamos llegados en anteriores trabajos, donde defendíamos a toda costa la autonomía económica e incluso política de *Gadir* durante toda su historia, inclusive en el transcurso del enfrentamiento bélico (Niveau de Villedary 1998 y 2001a; Ead. y Vallejo 2000: 335). La presencia de envases de origen cartaginés y/o centromediterráneo se había explicado por el tráfico comercial (Niveau de Villedary 2001a: 344), aunque hoy, a la luz de las evidencias, creemos que no queda más remedio, por el contrario, que sostener la teoría de la progresiva presencia cartaginesa en suelo gaditano, que podría remontarse incluso a finales del s. IV, como han insinuado algunos autores (Ruiz Mata 1999: 311); presencia que se multiplica en el último tercio del s. III, a raíz del desembarco de Amílcar en la Península.

<sup>54</sup> Como en su día ya señaló Morel (1979: 1580) esta área se constituye en una importante *koiné* comercial a lo largo

<sup>50</sup> Por su pequeño tamaño no creemos que fueran estelas o cipos, ni cualquier otra forma de señalización funeraria (Belén 1993); aunque quizás la interpretación como betilos —figuras de culto anicónicas (Belén y Escacena 2002: 168-170)— sea demasiado arriesgada, dado el contexto dónde las hallamos, más o menos sagrados, pero al fin y al cabo basureros.

<sup>51</sup> Vid. nota 36. Conocemos bien la cerámica de esta época procedente de poblados como el Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata 1986 y 1987a; *Id.* y Pérez 1995), Las Cumbres (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000) y el Cerro Naranja (González 1985), de las factorías de salazones situadas en la costa entre El Puerto de Santa María y Rota (Ruiz Gil 1987) y de centros de culto como La Algaída (Ferrer 1995: 157-161).

Resumiendo, nuestra opinión es que el elenco cerámico típico púnico-gaditano del s. III a.C. es el resultado de la evolución de las formas orientales locales, más la suma de una serie de influencias foráneas, mediterráneas por una parte y en menor medida «turdetanas», y que es la confluencia de todos estos influjos y sobre todo la «reinterpretación» que de ellos hacen los artesanos gaditanos, lo que le confiere una personalidad propia.

Hasta aquí hemos examinado la vajilla desde un punto de vista meramente formal, pero ¿qué es lo que nos revela el análisis funcional de ésta? O formulando la pregunta de otro modo: ¿somos capaces, a través del análisis de las formas de la vajilla representadas en estos depósitos, de reconstruir las actividades rituales que tienen lugar en la necrópolis?

En otros trabajos (Niveau de Villedary y Ferrer e.p. a) nos hemos hecho eco del volumen y riqueza del registro arqueológico que nos permite, en gran medida, acercarnos a las costumbres funerarias de las comunidades fenicio-púnicas occidentales, que conocemos, si bien sesgadamente, por algunos testimonios literarios indirectos —sobre todo las fuentes veterotestamentarias y los textos de Ugarit—, la epigrafía y ciertas referencias de los escritores grecolatinos (Marín Ceballos 2002: 13-14)<sup>55</sup>.

No obstante, y a pesar de la información que ofrecen nuestros cementerios, son pocos los trabajos que de una forma u otra se han ocupado de estas cuestiones (sobre todo Ramos 1987, 1990 y 1991; Jiménez Flores 1994 y 1996), llamando más la atención de los investigadores otros temas, fundamentalmente los relacionados directamente con los enterramientos: disposición y tipología de éstos, ritos

del Mediterráneo sudoccidental, donde Cartago jugaría un papel imprescindible, pues parece que todas estas producciones se relacionan a las zonas vinculadas de alguna manera a la metrópolis norteafricana, en la que se englobarían la parte occidental de Sicilia, Cerdeña, islas Baleares, el sureste y sur peninsular y el norte de África. A pesar de las lógicas variaciones zonales, producto de circunstancias históricas y económicas diferentes, podemos citar una serie de rasgos comunes que generan esta cierta unidad cultural: gustos por los mismos tipos, diversidad en la calidad de las producciones, existencia de barnices rojos, abundancia de pastas tipo «sándwich» y pastas grises, existencia de determinados esquemas decorativos (impresión de cuatro palmetas unidas por la base), capacidad de imitación junto a capacidad de invención, etc. El modelo «punicizante» de Morel vendría definido, además, por la importancia primordial de producciones de imitación local, con pocas importaciones de otras regiones, ni siquiera próximas. Este modelo ha podido comprobarse en Cartago, Sicilia e Ibiza, y más recientemente en Cádiz (Niveau de Villedary 2001c).

<sup>55</sup> Más problemático resulta determinar las concepciones escatológicas que conforman estas tradiciones, que las justifican y les dan sentido, en gran parte desconocidas o soslayadas (Niveau de Villedary y Ferrer e.p. a); un estado de la cuestión en Ribichini 1991.

funerarios propiamente dichos (inhumación, incineración), naturaleza de los ajuares, etc.<sup>56</sup>.

Y, sin embargo, en los últimos años los hallazgos se vienen multiplicando. Si desde hace tiempo se tenía la sospecha de la riqueza informativa que guardaban nuestras necrópolis, las recientes actuaciones<sup>57</sup> han venido a confirmarlo. Hoy la necrópolis se nos muestra como un espacio estructurado, con zonas dedicadas a los enterramientos y otras libres de éstos, en la que se disponen diversas estructuras —piletas, pozos, recintos varios— (Niveau de Villedary 2001b: 190-192). Junto a ellas aparecen, en número significativo, una serie de amontonamientos de materiales, a veces en fosas<sup>58</sup>, a veces en el interior de los pozos. Siguiendo la línea de investigación que nos hemos propuesto intentaremos a través del análisis de estos restos dibujar las actividades secundarias —celebración de banquetes funerarios, libaciones, sacrificios cruentos e incruentos, presentación de ofrendas, uso de perfumes, etc.— que tuvieron lugar en la necrópolis púnica de Gadir, dejando para posteriores trabajos el análisis espacial, estructural y funcional de ésta.

Antes de empezar, creemos necesario hacer una precisión, y es que nos es difícil, *a priori*, precisar si los restos proceden de las ceremonias realizadas durante el sepelio o si éstas tienen lugar una vez terminados los funerales, con lo que nos encontraríamos, quizás, ante un posible culto a los difuntos (Jiménez Flores 2002). Posiblemente, como intentaremos demostrar, se diesen ambas situaciones.

En primer lugar, el volumen de material acumulado nos indica que estas ceremonias fueron habituales, celebradas con frecuencia y con una participación elevada de deudos. Por el lugar donde se depositan, a veces lejano a los enterramientos —pozos—, a veces sobre éstos, como es el caso de un

<sup>56</sup> Para el caso concreto de Cádiz Cf. Muñoz 1983-84; Perdígones *et al.* 1985: 43-44; Perdígones, Muñoz y Pisano 1990.

<sup>57</sup> En este caso ha sido el desarrollo urbanístico de la ciudad el que ha propiciado que en un periodo de tiempo relativamente corto, se hayan llevado a cabo actuaciones en solares de superficie considerable, contiguos o muy próximos entre sí, con una alta ocupación en estos siglos (V-II a.C.), lo que nos permite una lectura diacrónica y sincrónica de la necrópolis púnica y tardopúnica de la ciudad. La rigurosidad y profesionalidad con que se han llevado a cabo dichas intervenciones ha permitido la documentación de ciertos elementos del registro que hasta ahora habían pasado desapercibidos o no se les había prestado atención y que son los que nos permiten hablar de ceremonias funerarias de naturaleza diversa.

<sup>58</sup> Junto a los pozos en la necrópolis son también muy numerosas las acumulaciones de materiales, preferentemente depositadas en fosas excavadas en el terreno, con un material idéntico —con las lógicas variaciones cronológicas— al de los primeros.

gran número de fosas, quizás estas grandes acumulaciones de material fueran el producto de extensos banquetes, celebrados periódicamente al estilo de las grandes fiestas documentadas para otras zonas en época púnica<sup>59</sup>; mientras que las ceremonias que tienen lugar en el momento de la inhumación, por los restos que nos quedan junto a las tumbas o en las cubiertas de éstas, debían ser mucho más reducidas, limitadas quizás al círculo más cercano de familiares y deudos.

Del análisis estadístico de los grupos cerámicos considerados —recordemos: envases anfóricos, cerámica de «tipo cocina» y vajilla de mesa, distinguiendo dentro de ésta entre la cerámica común y la de «tipo Kuass»—, sacamos las siguientes conclusiones: en primer lugar los porcentajes de cada grupo son, en todos los casos, idénticos o muy similares, así como el peso de cada forma dentro de ellos; en segundo lugar llama la atención la abundancia de la vajilla que podemos considerar de mesa o de servicio, con una destacada presencia de la vajilla de lujo o semilujo de «tipo Kuass». En tercer lugar, la representación de grandes contenedores anfóricos es también significativa y, por último, en un porcentaje sensiblemente inferior, aunque siempre constante, se sitúan los vasos utilizados en el procesamiento —preparación y cocinado— de los alimentos. Otros elementos cuantitativamente insignificantes que hemos incluido en el grupo de la vajilla fina tienen, no obstante, entidad por ellos mismos, en cuanto que por su propia naturaleza y su presencia en estos contextos, nos están indicando la práctica de determinados ritos —es el caso, por ejemplo, de los quemaperfumes—.

Una primera lectura de estos datos nos indica que en la necrópolis se están llevando a cabo actividades de preparación —presencia de contenedores y de cerámica de tipo «cocina»—, presentación —recipientes de tamaño medio— y, sobre todo, consumo —preponderancia de la vajilla de uso individual— de alimentos<sup>60</sup>; datos que, sin duda, hemos de traducir como el testimonio de la presentación de ofrendas y celebración de banquetes funerarios en

estos contextos y, quizás, aunque de ello no tenemos constancia expresa, de sacrificios previos<sup>61</sup>.

Analicemos ahora cada uno de estos grupos<sup>62</sup>. La lectura detallada de las ánforas representadas nos muestra la preponderancia casi absoluta de las formas occidentales, que suponen el noventa por ciento del total, destacando especialmente dos: las derivadas de las MPA4 (T-12.1.1.2.) y las T-8.2.1.1., la suma de ambas supone casi las tres cuartas partes de las ánforas de producción local. Son las formas que aparecen con más frecuencia en las zonas costeras y tradicionalmente se han venido asociando a la producción de salazones y salsas<sup>63</sup>. Resulta curioso que otras, como las T-8.1.1.2., muy frecuentes en los poblados —Las Cumbres (Niveau de Villedary y Ruiz Mata 2000: 896; fig. 2, 2) y Cerro Naranja (González 1985: 93-94; fig. 2) entre otros—, aparezcan aquí de forma casi testimonial. Quizás esto sea debido a su posible carácter «rural»<sup>64</sup>, aunque otras formas (T-4.2.2.5.), consideradas igualmente «turdetanas» y propias del interior (Niveau de Villedary e.p. b), aunque no mayoritarias, sí aparecen en proporción considerable.

<sup>59</sup> En el mundo fenicio-púnico, como recuerda Lipiński (1993: 259), las ceremonias en general y las funerarias en particular (Jiménez Flores 2002: 128-129), vienen marcadas por la celebración de sacrificios, actividad que puede considerarse de carácter «sacro-social» (De la Bandera 2002: 142-143).

<sup>60</sup> Para este análisis utilizaremos únicamente los datos del pozo E/F3 de los Cuarteles de Varela (Miranda y Pineda 1999: 71), dado que es el que mayor volumen de material ha ofrecido (Niveau de Villedary e.p. a) y que, como hemos visto, representa fielmente la composición de la vajilla de estos momentos.

<sup>61</sup> Se acepta sin reservas que toda la serie de envases derivados de las primeras MPA4 del siglo V a.C. —el tipo 11 de Ramón (1995: 233-237)—, sirvieron para el envasado y comercialización de las salazones gaditanas en todo el Mediterráneo (*Vid. supra*); para el mismo contenido y función, creemos que se crea a lo largo del s. III a.C. —la datación de estas formas en la centuria anterior nos parece a todas luces demasiado alta, producto de la tendencia generalizada a alzar las cronologías—, quizás influenciada por las formas cilíndricas mediterráneas (Ferrer y García Vargas 1994: 48), una nueva forma anfórica —la T-8.2.1.1. en los talleres del Círculo del Estrecho—. Tenemos documentada la producción en Torre Alta (Perdigones y Muñoz 1988) y su presencia cada vez se reconoce más en el norte de África (El Khayari y Kbir-Alaoui 1998). Esta nueva forma iría sustituyendo gradualmente en los mercados a los tradicionales envases, siendo, a finales del s. III y comienzos del II a.C., el ánfora occidental más exportada, según vemos en muchos de los contextos de esta época, fundamentalmente de la costa levantina peninsular —Ampurias, Villaricos (*Vid. nota 14*), Alicante (Molina 1997), Valencia (Ribera 1982)—; derivando en la primera mitad del II a.C., a los tipos más evolucionado de T-8.2.2.1. y T-9.1.1.1., que en los pozos aparece aún de manera incipiente, por el contexto cronológico en el que nos estamos moviendo —finales del s. III a.C.—.

<sup>62</sup> Esta es la hipótesis de partida de un trabajo en curso de realización. Agradecemos a su autor P. Carretero Poblete, que nos haya adelantado algunos de los resultados a los que ha llegado durante el curso de sus investigaciones.

<sup>59</sup> Sabemos por las tarifas de Cartago y Marsella que en el mundo púnico seguían vigentes instituciones orientales como la marzeah, encargadas de ciertas ceremonias funerarias periódicas, entre las que se citan la celebración de sacrificios cruentos e incruentos, presentación de ofrendas y banquetes (Amadasi Guzzo 1988). También Cicerón (*Pro Scauro* VI, 11) menciona la perduración en el antigua colonia púnica de Nora (Cerdeña) de una fiesta —las *Parentalia*— celebrada en la necrópolis en honor a los difuntos.

<sup>60</sup> Para la nomenclatura y el análisis funcional y tipométrico de las formas cerámicas *Cf.* Balfet, Fauvet-Barthelot y Monzon 1983; Bats 1988.

Sobre los posibles contenidos de los envases, nada sabemos a ciencia cierta. Suponemos que estarían en función de los ritos efectuados, por lo que muchos de ellos contendrían los alimentos (o parte de ellos) que se consumirían durante los banquetes<sup>65</sup> —cabría hablar, por la tipología anfórica documentada, de salazones y salsas de pescado, pero también de carne y posiblemente de algún producto agrícola<sup>66</sup>—, aunque la mayoría debía contener los líquidos que se utilizarían, además de en el propio banquete<sup>67</sup>, para las libaciones —que sabemos se hacían con vino, agua, leche y aceite (Ramos 1991: 116-117; Lipiński 1993: 265)—; aunque poco más podemos añadir.

Un análisis aparte merecen las ánforas importadas. En primer lugar, y aunque no son demasiado numerosas, documentamos varios ejemplares de ánforas de morfología grecoitalica, pero de una más que probable fabricación local; lo que nos lleva a plantearnos si estos envases, cuya producción tenemos atestiguada en los hornos locales, «copian», no sólo el continente —el envase—, sino también el contenido —fundamentalmente vino (Vandermersch 1994: 149)—. En lo que respecta a las importaciones centromediterráneas hay que hacer una distinción, ya que por una parte nos encontramos con formas, como las T-4.2.25., que cronológicamente no discrepan con el conjunto de los depósitos; pero por otra, en relación a las tipologías propias del norte de Africa y Cartago —las derivadas de la Mañá D—, los ejemplares documentados muestran un arcaísmo morfológico difícil de explicar<sup>68</sup>, puesto que el resto de materiales nos fecha claramente los conjuntos en la segunda mitad de la tercera centuria. Tampoco podemos alegar razones estratigráficas, pues los depósitos parecen formarse mediante un único vertido, o al menos, si se trata de varios, éstos deben ser contemporá-

<sup>65</sup> No debemos olvidar que la inmensa mayoría de los deshechos alimenticios encontrados en la necrópolis pertenecen, por una parte, a grandes mamíferos, con lo que quizás estemos ante la prueba definitiva de la presencia de sacrificios cruentos, previos al banquete; y por otra, a restos de malacofauna, que aparecen en gran cantidad y variedad, producto de un marisqueo que debía efectuarse prácticamente *in situ*.

<sup>66</sup> Hay que valorar también el papel que en el transporte de los alimentos sólidos, sobre todo de los «secos» tendrían otros recipientes —sacos, odres y cestos—, que por su naturaleza, no se nos han conservado.

<sup>67</sup> Durante la celebración de banquetes funerarios en el II milenio en Oriente, está ampliamente atestiguado el consumo abundante de vino (Cf. Zamora 1999: 520-541; Jiménez Flores 2002: 127).

<sup>68</sup> Se trata en todos los casos de formas de los tipos T-4.2.1.5. y T-5.2.3.1., las primeras se fechan a mediados del s. IV a.C., aunque perduran hasta la primera mitad del III (Ramón 1995: 189) y las segundas son propias ya del s. III a.C., aunque siempre anteriores a la Segunda Guerra Púnica (*Id.* 198).

neos en el tiempo. En el estado actual de la investigación no sabemos a que puede responder este hecho, que, por otra parte, tenemos bien documentado.

El segundo grupo que hemos definido queda constituido por lo que comúnmente se denomina «cerámica de cocina» (Bats 1988: 45-51). La presencia de esta categoría vascular nos ofrece una valiosa información sobre las actividades desarrolladas en la necrópolis, pues su presencia, junto a otras evidencias como restos de fogatas, nos confirma la celebración de banquetes funerarios, e indica que la preparación de los alimentos debía realizarse, al menos en gran parte, *in situ*.

Y aquí debemos volvernos a hacer la misma pregunta: ¿cuáles eran estos alimentos? No contamos con demasiados datos, pero los restos que aparecen en fosas y pozos son ilustrativos. En primer lugar, como ya hemos señalado, llama la atención la abundancia de restos malacológicos y de ictiofauna. Tanto en los depósitos, entre los fragmentos cerámicos o dentro de los mismos, como junto a las fogatas, se han hallado evidencias del consumo de numerosas especies de moluscos —conchas de navajas, erizos, burgadillos, almejas, cañadillas, caracolas— y peces —espinas y vértebras de túnidos y escualos<sup>69</sup>—; recursos próximos y abundantes, explotados desde la Prehistoria y con un peso importante dentro de la dieta local (Roselló y Morales 1994), que no debían ser difíciles de obtener en las proximidades de la necrópolis (Miranda y Pineda 1999: 35). Sin olvidar que el consumo de salazones de pescado, como demuestran los hallazgos de algunos envases de la plaza de Asdrúbal<sup>70</sup> (Muñoz, Frutos y Berriatúa 1988: 488; Frutos y Muñoz 1996: 142), también hubo ser frecuente durante estos banquetes.

En segundo lugar, y en proporción también importante, aparecen huesos de animales. Es necesario hacer una distinción entre los que encontramos en conexión anatómica, quizás sacrificados y presentados como ofrendas<sup>71</sup> y aquellos otros con claros

<sup>69</sup> Los hallazgos de restos de especies marinas consumidas *in situ* son muy frecuentes en toda la necrópolis (Cf. Perdígones y Baliña 1985: 67; Perdígones y Muñoz 1985: 59 y 61; Muñoz 1989: 89; Blanco 1998: 65 y 67; *Id.* 1999: 33-34; Miranda y Pineda 1999: 154; Blanco 2000: 51, 57, 66 y 71-72).

<sup>70</sup> En otros trabajos hemos planteado que los restos que tradicionalmente se han venido considerando como pequeñas factorías de salazones, desperdigadas entre la necrópolis, quizás no respondan a tales y haya que reinterpretarlos en función de las mismas actividades funerarias (El desarrollo de esta idea en Niveau de Villedary 2001c: 422-423).

<sup>71</sup> En la necrópolis existen indicios claros de sacrificios rituales, entre otras especies, de perros, que aparecen en lo más profundo de algunos pozos (Cf. Muñoz 1989: 89; Blanco 1998: 66) o asociados a otras estructuras (Cf. Niveau de Villedary 2001b: 217-218); bóvidos (Miranda y Pineda 1999: 157) y équidos (Cf. Niveau de Villedary 2001b: 217).

indicios de haber sido cocinados y consumidos (Miranda y Pineda 1999: 154; Blanco 1999: 34). En este último caso debemos además preguntarnos si los sacrificios tuvieron lugar en el marco de la propia necrópolis<sup>72</sup>. Hallamos sobre todo restos de grandes bóvidos, pero también oviscapridos y suidos (Perdigones y Muñoz 1985: 61; Blanco 1998: 64-65 y 67 y 2000: 72; Miranda y Pineda 1999: 154). Y aunque no tenemos constancia expresa del consumo de cánidos, algunas noticias, como la transmitida por Pompeyo Trogo<sup>73</sup>, y ciertas evidencias materiales (un resumen de los yacimientos y contextos en los que se ha documentado el sacrificio y/o consumo de perros en Niveau de Villedary y Ferrer e.p. a), abogan a favor de esta hipótesis.

Formas como los morteros, que aparecen en una proporción notable, debieron utilizarse para la preparación de estos alimentos —en ocasiones se han documentado, por ejemplo, moluscos triturados, en otras sabemos que se utilizaron en la elaboración previa del vino consumido (Botto 2000)—, que a continuación, como demuestra la preponderancia de las formas de olla, se cocinarían. Las ollas de cuerpos globulares y cerradas se utilizarían para alimentos que requirieran una cocción más lenta y gradual, mientras que las abiertas, al igual que nuestras actuales sartenes, son más aptas para frituras (Guerrero 1995: 61-62). Algunas de las formas de cazuelas de menor tamaño, también habituales en los contextos funerarios del Norte de África, Sicilia, Cerdeña e Ibiza, donde con frecuencia aparecen asociadas a tapaderas, quizás pudieron utilizarse para calentar pequeñas cantidades de líquido; aunque por su presencia en dichos ambientes, tampoco hay que excluir que se les diera un uso en algún rito funerario similar al de las píxides<sup>74</sup> (Campanella 1999: 40).

Por último, lebrillos y fuentes pueden incluirse en la categoría de «cerámica de almacenamiento o

despensa»<sup>75</sup>, aunque estas últimas formas quizás se utilizaran también para presentar los alimentos a la mesa. En ocasiones, por la presencia de los vertedores, se trataría de guisos que se cocinan en su jugo o con salsas, o se utilizarían para mezclar el vino (a modo de cratera).

El predominio de la vajilla fina, que a grandes rasgos podemos considerar «de mesa» o «de servicio», nos indica que las principales actividades rituales desarrolladas en la necrópolis fueron las relacionadas con los banquetes y la presentación de ofrendas.

El consumo, por la propia configuración de la vajilla, debió ser individual, ya que sólo excepcionalmente encontramos formas de gran tamaño y éstas, caso de las páteras, se pueden poner perfectamente en relación con la presentación de alimentos. Distinguimos<sup>76</sup> entre formas de platos usadas exclusivamente para el consumo de sólidos, vasos destinados a contener líquidos y otros recipientes, que por su forma podrían utilizarse para ambos tipos de alimentos, además de semisólidos —purés, etc.— o alimentos cocinados con mucho jugo.

Dentro de la categoría de platos hemos incluido las formas típicas de plato de pescado, tanto los de cerámica común como los de «tipo Kuass» y cualquier recipiente de forma abierta y paredes ampliamente exvasadas, cuyo diámetro máximo coincida con el de la abertura (Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón 1983: 10; Bats 1988: 24; Principal 1998: 9). Aunque su presencia no es despreciable<sup>77</sup>, aparecen, sin embargo, en una proporción sensiblemente inferior a la de los poblados (Niveau de Villedary 2001c: 316). Sobre la funcionalidad de los platos de pescado se ha escrito mucho, aunque parece demostrada su relación con el consumo de dicho alimento. En ambientes funerarios aparecen en muchas ocasiones —en Sicilia, Túnez, Cerdeña y la península Ibérica<sup>78</sup>— con espinas todavía en el interior, posiblemente restos de las ofrendas funerarias que contuvieron (Campanella 1999: 50). Aunque esta misma autora señala

<sup>72</sup> El sacrificio en el mundo antiguo, y por consiguiente entre los fenicio-púnicos, era una práctica normalizada y muy reglada, mediante el cual se repartían, dependiendo del tipo de sacrificio, las diferentes partes del animal entre la divinidad, el oficiante y el oferente; ésta puede ser la explicación a que entre los hallazgos predominen ciertos elementos anatómicos —cabezas y extremidades— sobre otros. A este respecto Cf. Amadasi Guzzo 1988; Lipiński 1993; De la Bandera 2002.

<sup>73</sup> Pompeyo Trogo, a través de Justino (XIX, 1, 10), informa de una embajada enviada a Cartago por el rey persa Darío a principios del siglo V a.C., que tenía como fin evitar la celebración de sacrificios humanos y el consumo de carne de perro en la metrópoli norteafricana.

<sup>74</sup> Tenemos documentadas formas similares entre la producción gaditana de «tipo Kuass» (Niveau de Villedary 2001c: fig. 46, 5), para las que también hemos propuesto un uso parangonable al de las píxides (Ead. 144).

<sup>75</sup> Optamos, siguiendo a Guerrero (1996) por incluir a los morteros y fuentes dentro de la cerámica de cocina.

<sup>76</sup> Para el análisis funcional de la vajilla seguimos a Bats (1988) y Principal (1998). Para la descripción de las categorías funcionales: platos, vasos, cuencos, etc. Vid. Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón 1983.

<sup>77</sup> Recuérdese que el plato de pescado es una de las formas más representadas en el horizonte de importaciones de barniz negro ático en ambientes púnicos, incluidos los funerarios (Cabrera 1997: 383).

<sup>78</sup> También en la necrópolis gaditana tenemos constancia de hallazgos similares: «(...) un plato de cerámica de pocillo central, de los usados para pescado, así como numerosas piezas de vértebras de escuálido que consideramos como parte de una ofrenda o posible festín ritual» (Perdigones y Balaña 1985: 67).

que aparte de la función primaria pudieron servir para contener otro tipo de alimentos (pan, fruta fresca o seca), como tapaderas de lékanes usadas para servir pescado, e incluso apunta la posibilidad de que en ciertos ejemplares horadados, la depresión central sirviera para que escurriera el agua sobrante de la cocción, o incluso para sostener pequeños cuencos que serían los que realmente contendrían las salsas (*Ead.* 51-52). Apuesta además porque el pescado, por la forma y tamaño de los platos, se debía presentar a la mesa ya troceado (*Ead.*). Otras formas de platitos de talla reducida, barnizadas o no, se podrían utilizar para contener las especias o condimentos, que se presentan en pequeñas cantidades.

Ahora bien, son las formas que tipológicamente podemos considerar como cuencos, aunque funcionalmente, como veremos, su espectro de uso sea mayor, las que predominan casi por completo en la vajilla. Tanto las formas barnizadas como las de cerámica común suponen un importante tanto por ciento de la vajilla representada. ¿Qué explicación podemos dar a este hecho? A nuestro entender predominan las formas que tienen un número mayor de usos, es decir, las que son aptas tanto para beber, como para contener alimentos sólidos. ¿Qué nos lleva a sostener esta idea? Por una parte el hecho de que las formas de vasos exclusivos para la bebida se hallan prácticamente ausentes, a excepción de los bolsales, poco representativos, y de otras formas —F. VIII— de cuyo uso exclusivo como copas para beber no tenemos certeza ni tampoco aparecen en una proporción significativa (Niveau de Villedary 2001c: 293-294); y, en segundo lugar, que los cuencos documentados son formas arcaizantes, que copian fielmente los prototipos griegos, de cuidada factura y decoración. En nuestra tesis ya planteamos la hipótesis de que son las formas destinadas a la bebida (o a contener pequeñas cantidades de sustancias preciadas y exóticas) las que se estampillan (*Ead.* 237-238), pudiéndose llegar a considerar esta característica como discriminatoria a la hora de aislar dentro de la vajilla local los vasos que se concibieron para beber. La profusión con que documentamos formas de jarras, tipos caracterizados morfológicamente por la presencia de un asa y funcionalmente por su función de contener, verter y, por tanto, servir líquidos, apoyan nuestra hipótesis de la importancia que en las ceremonias fúnebres hubo de tener por una parte el consumo de ciertos líquidos (¿vino?)<sup>79</sup> entre los deudos y por otra la realización de libaciones rituales al difunto<sup>80</sup>.

<sup>79</sup> Vid. nota 67.

<sup>80</sup> Sobre la «sed de los muertos» en el mundo antiguo y la obligación de los deudos de saciarla vid. Parrot 1936 y Déon-

Hasta ahora hemos hablado de la función de la vajilla en el banquete, pero no hay que olvidar que en la necrópolis también hubo de ser habitual la presentación de ofrendas: en el momento del sepelio, al difunto para satisfacer las necesidades de su alma «vegetativa» en su nueva morada (la tumba) y para ayudar a su alma «espiritual» en su camino al Más Allá<sup>81</sup>, y a los dioses —psicopompos y ctónicos— para interceder ante ellos por el fallecido (Niveau de Villedary y Ferrer e.p. a); y con posterioridad en el marco de toda la suerte de ceremonias periódicas que sabemos que tuvieron lugar en la necrópolis, aunque su naturaleza concreta se nos escapa<sup>82</sup>. Los testimonios materiales que nos han llegado se reducen, la mayoría de las veces, a los restos de los contenedores de dichas ofrendas, en este caso un gran número de urnas, platos, cuencos y demás recipientes cerámicos que colmaban los depósitos. Pero en ciertas ocasiones se documenta en el registro arqueológico evidencias *in situ* de estas ofrendas, realizadas como parte de las honras fúnebres<sup>83</sup>.

Al describir los materiales, nos hicimos eco de una serie de elementos, cerámicos unos, de muy variada naturaleza otros, que interpretábamos como objetos rituales. Se trata, por una parte, de un grupo

na 1939, para el caso concreto del mundo púnico: Debergh 1983 y para la Península Ibérica: Ramos 1990: 117-118 y Jiménez Flores 1994.

<sup>81</sup> Un estado de la cuestión sobre escatología fenicio-púnica en Ribichini 1991.

<sup>82</sup> Vid. nota 59.

<sup>83</sup> Por ejemplo, en las excavaciones de la zona F de la Plaza de Asdrúbal, una de las tumbas estaba rodeada por una línea de incineración en la que aparecieron «*las vértebras y espinas de dos atunes completos*» junto a fragmentos de ánforas MPA4 y cerámica ática (Perdigones y Muñoz 1985: 59) (Vid. nota 78). Aunque lo habitual en la necrópolis gaditana es que las ofrendas aparezcan en el exterior de las tumbas, en algunas ocasiones se han documentado en el interior de las sepulturas: en una de las tumbas excavadas durante 1985 en la c/ Tolosa Latour, junto al cráneo del difunto aparecieron huesos de animal, sin que se especifique la especie (Perdigones y Baliña 1985: 64), también en el interior de ánforas que contienen inhumaciones infantiles (Blanco 2000: 68); otras veces son restos de moluscos y ánforas (*Id.* 69 y 2000: 71). En este sentido son también muy habituales los fuegos de ofrendas, documentados desde los primeros momentos de la presencia fenicia (para la necrópolis de las Cumbres, asociada al poblado del Castillo de Doña Blanca y fechada en el s. VIII a.C. vid. Córdoba 1998: 2-4), que en el registro se traducen por la presencia de restos de fogatas, generalmente acumulaciones de cenizas, con algún fragmento cerámico; habitualmente aparecen sobre las cubiertas de las tumbas (Muñoz 1983-84: 47; Perdigones y Muñoz 1985: 61), en ocasiones en sus cercanías (Blanco 1999: 34 y 2000: 41) e incluso vinculados a otras estructuras: pozos (Muñoz 1989: 89; Sibón 2001: 35), fosas (Blanco 2000: 51; Niveau de Villedary 2001b: 217-218), piletas (Perdigones y Muñoz 1987: 75), accesos a los recintos funerarios (Blanco 2000: 43), etc.

de recipientes cerámicos integrado por los (llamados) quemaperfumes<sup>84</sup> de doble platillo, ungüentarios, lucernas y algunos vasos relacionados con éstas como los *gutti*; y por otra, por un conjunto de materiales, no vasculares, de indiscutible significado sacro *per se*: pebeteros en forma de cabeza femenina, esculturas, estelas, (posibles) representaciones betflicas, etc.

Las formas cerradas de pequeños ungüentarios, botellitas y cajitas deben ponerse en relación, por una parte, con la preparación del difunto para la inhumación y, por otra, con la quema ritual de perfumes (Olmos 1985: 13-14) como signo de adoración (Lipiński 1993: 267); mientras que la presencia de lucernas tiene un papel claramente apotropaico, no tanto por la luz en sí misma, como por el calor de la llama, sus movimientos y el color rojo vivificante con el que el fuego envuelve al difunto (Ramos 1993: 93).

Respecto al otro conjunto de materiales su presencia no es tan fácil de explicar. Por su estado suponemos que se amortizan en estos depósitos una vez inutilizados para el culto. Este parece ser el caso de la escultura —de bulto redondo, realizada en piedra local y con restos de estuco— aparecida recientemente en uno de los pozos de Amílcar Barca, en un nivel caracterizado, precisamente, por la acumulación de piedras de gran tamaño que separa el estrato superior del depósito —formado por vajilla fina fragmentada entremezclada con ripios— de la acumulación de ánforas del Estrato III (Sibón 2001: 36). La figura, de la que se conservan cinco fragmentos, representa a un personaje masculino tocado y con faldellín, en actitud de avance, sin que podamos aventurar su identidad (*Id.* fig. 14). Lo mismo podemos decir de la estela<sup>85</sup> documentada en uno de los pozos de la Plaza de Asdrúbal (Muñoz 1989: 90; figs. 5 y 6A) aparecida entre otras piedras y sillares. Por la situación de los hallazgos no parece que; al menos en el conjunto de los depósitos, estos elementos permanecieran en uso, aunque por

el contrario si debieron conservar su significación sacra<sup>86</sup>.

\* \* \*

Evidentemente el tema es extenso y complejo y sería ingenuo por nuestra parte querer llegar aquí a conclusiones de tipo general en lo que respecta al ritual desarrollado en la necrópolis gaditana, tampoco es nuestra intención. Como expusimos al comienzo del trabajo se trata de un estudio a largo plazo que intentaremos ir desarrollando a lo largo de sucesivos trabajos, desde diversos enfoques y con diferentes objetivos.

Ahora nos sentiremos satisfechos si mediante lo expuesto en las páginas precedentes hemos logrado, al menos, los objetivos que nos planteábamos inicialmente: la caracterización morfológica y funcional de la vajilla utilizada en toda la suerte de actividades desarrolladas en este ambiente funerario y su vinculación con los rituales concretos que se infieren del registro material, por una parte, y de la (escasa) documentación literaria, por otra.

Llegados a este punto, haciendo balance, sacamos las siguientes conclusiones:

— En primer lugar que el banquete funerario, como actividad ritual, debía ser una práctica habitual y generalizada, dado el ingente volumen de restos originado y la aparición de una serie de estructuras —fosas y pozos— previstas como solución para su amortización final.

— En segundo lugar que por su utilización en el desarrollo de ceremonias sacras, dichos elementos, adquirían a su vez un carácter sagrado, que los inutilizaba para posteriores usos (sacros o profanos). Que como consecuencia de dicha consagración y como garantía de que no volverían a ser utilizados, se procedía a su fractura ritual, acto que tenemos documentado en todo el Próximo Oriente. Una prueba más de la naturaleza sagrada de éstos es la necesidad de construir depósitos «sacralizados»<sup>87</sup> a su vez, para contenerlos y evitar profanaciones.

— Y, por último, y en conexión también con los puntos anteriores, la normalización de la práctica del banquete y la necesidad de sustituir habitualmente la vajilla, debió generar una importante producción vascular, que según muestran los datos del análisis

<sup>84</sup> Actualmente se cuestiona que el uso de estos recipientes, comúnmente denominados «quemaperfumes» en la literatura científica, fuera éste; aunque no se pone en duda la funcionalidad ritual de la forma. Ante la ausencia, en la mayoría de los casos, de trazas de combustión (Campanella 1999: 88), se propone el término neutro de *doppie patera* (Bartoloni 1996: 83-85). Para el caso concreto de los pebeteros en forma de cabeza femenina *Cf.* Marín Ceballos e.p.

<sup>85</sup> Aunque en trabajos anteriores apostábamos por su significación ritual, como parte de la sacralización del depósito (*Vid.* Niveau de Villedary 2001b: 223), el hallazgo de Amílcar Barca, de idénticas características, nos obliga a reconsiderar tal afirmación.

<sup>86</sup> En relación a esta reutilización de objetos de culto para usos «funcionales», una vez perdido su carácter sagrado, es obligado citar el hallazgo de una escultura entronizada púnica, utilizada a modo de sillar en una tumba romana del s. II d.C. (Marín Ceballos y Corzo 1991: 1025).

<sup>87</sup> Sobre la hipotética sacralización de los pozos *Cf.* Niveau de Villedary 2001b: 222-226; *Ead.* y Ferrer e.p. a.

detallado de algunos depósitos, pudo generar la fabricación en serie y *ex profeso* de la vajilla destinada a estas ceremonias.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO VILLALOBOS, C.; FLORIDO NAVARRO, C. y MUÑOZ VICENTE, A., 1991: Aproximación a la tipología anfórica de la punta del Nao (Cádiz, España), *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici, Roma, 1987* (II). Roma.
- AMADASI GUZZO, M. G., 1988: Sacrifici e banchetti: Bibbia ebraica e iscrizioni puniche, *Sacrificio e Società nel Mondo Antico, Biblioteca Universale Laterza*, 388. Eds. Grottanelli, C. y Parise, N. F. Roma-Bari.
- ARANEGUI GASCÓ, C.; TARRADELL-FONT, N.; KIBRI ALAOU, M. y CARUANA, I., 2000: Arquitectura, cerámica y monedas de época púnica-mauritana, *Revista de Arqueología*, 228, 14-24.
- ARTEAGA MATUTE, O.; CASTAÑEDA FERNÁNDEZ, V.; HERRERO LAPAZ, N. y PÉREZ RODRÍGUEZ, M., 1997: Los hornos tardopúnicos de Torre Alta (San Fernando, Cádiz), *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III: 128-136.
- BALFET, H.; FAUVET-BARTHELOT, M. F. y MONZON, S., 1983: *Pour la normalisations de la descriptions des poteries*. París.
- BANDERA ROMERO, M. L. de la, 2002: Rituales de origen oriental entre las comunidades tartesias: El sacrificio de animales, *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica, Spal Monografías, II*. Ed. Ferrer Albelda, E. Sevilla.
- BARTOLONI, P., 1996: *La Necropoli di Bitia-I, Collezione di Studi Fenici*, 38. Roma.
- BATS, M., 1988: *Vaisselle et alimentation à Olbia de Provence (v. 350 - v. 50 av. J.-C.). Modeles culturels et catégories céramiques, Revue Archéologique de Narbonnaise*, suppl.18. París.
- BELÉN DEAMÓS, M., 1993: Religiosidad funeraria en la necrópolis prerromana de Cádiz. *Tabona*, VIII, 351-371.
- y ESCACENA CARRASCO, J. L., 2002: La imagen de la divinidad en el mundo tartésico, *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica, Spal Monografías, II*. Ed. Ferrer Albelda, E. Sevilla.
- BLANCO FREIJEIRO, A. y CORZO SÁNCHEZ, R., 1983: Monte Algaida. Un santuario púnico en la desembocadura del Guadalquivir, *Historia* 16, 87, 123-128.
- BLANCO JIMÉNEZ, F. J., 1998: *Memoria de las excavaciones efectuadas en el solar ubicado en la Plaza de Asdrúbal esquina con el Paseo Marítimo durante 1997/98, Memoria inédita depositada en la Delegación Provincial de Cultura de Cádiz*, Cádiz.
- , 1999: *Informe arqueológico de los resultados obtenidos en la primera fase de excavación arqueológica en los solares ubicados en la Calle Marqués de la Ensenada (antiguos Cuarteles de Varela). Julio de 1999. Memoria inédita depositada en la Delegación Provincial de Cultura de Cádiz*, Cádiz.
- , 2000: *Informe-memoria de las excavaciones arqueológicas efectuadas en las parcelas: 40 V.P.P., Locales, garajes y oficinas (Fase 2) (C/ Marqués de la Ensenada y Avda. de la Constitución 1812). Cádiz. 18 V.P.O., locales y garajes (C/ Marqués de la Ensenada) UE-EX-6 Cuarteles de Varela. Cádiz, Informe Inédito depositado en la Delegación Provincial de Cultura de Cádiz*, Cádiz.
- BOTTO, M., 2000: Tripodi siriani e tripodi fenici dal Latium Vetus e dall'Etruria meridionale, *La ceramica fenicia di Sardegna. Dati, problematiche, confronti. Atti del Primo Congresso Internazionale Sulcitano (Sant'Antioco, 1997), Collezione di Studi Fenici*, 40. Roma.
- CABRERA BONET, P., 1997: La presencia griega en Andalucía (siglos VI al IV a.C.). *La Andalucía Ibero-Turdetana (Siglos VI-IV a. C.)*, Huelva, 1994, *Huelva Arqueológica*, XIV. Eds. Fernández Jurado, J., Rufete Tomico, P. y García Sanz, C. Huelva.
- CAMPANELLA, L., 1999: *Ceramica punica di età ellenistica da Monte Sirai, Collezione di Studi Fenici*, 39. Roma.
- CARDOSO, J.L. y GOMES, M.V., 1997: O consumo de cão em contextos fenício-púnicos no território português, *Estudos Orientais. Homenagem ao Professor Antonio Augusto Tavares*. VI, 89-117.
- CERDÁ, D., 1987: La cerámica ática de barniz negro, *El Barco de El Sec (Costa de Calviá, Mallorca). Estudio de los materiales*. Eds. Arribas, A., Trías, M. G., Cerdá, D. y Hoz, J. De. Mallorca.
- CINTAS, P., 1950: *Céramique Punique*. Túnez.
- CÓRDOBA ALONSO, I., 1998: Rituales de cremación durante la Protohistoria en el Mediterráneo y sur peninsular, *Actas del Congreso El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente. I Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo, Madrid, 1998*. Eds. Galán, J. M., Cunchillos, J. L. y Zamora, J.-A. Madrid.
- DEBERGH, J., 1983: La libation funéraire dans

- L'Occident punique. Le témoignage des nécropoles, *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Puniche, Roma, 1979* (III). Roma.
- DÉONNA, W., 1939: Croyances funéraires. La soif des morts, *Revue de l'Histoire des Religions*, 119, 53-77.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., 1997: Los lugares de culto en el mundo ibérico: espacio religioso y sociedad, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 18, 391-404.
- EL KHAYARI, A. y KBIRI-ALAOUI, M., 1998: L'amphore de type Carmona en Maurétanie occidentale, *Nouvelles Archéologiques et Patrimoniales*, 2, 10-11.
- FERNÁNDEZ, J. H. y COSTA, B., 1995: La cerámica común púnico-ebusitana: Las formas principales y su cronología, *Actes du III Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici, Túnez, 1991* (II). Túnez.
- FERRER ALBELDA, E., 1995: *Los púnicos en Iberia: Análisis historiográfico y arqueológico de la presencia púnica en el sur de la península ibérica, Tesis Doctoral Inédita*. Universidad de Sevilla.
- , 1995-96: Anotaciones sobre el taller cerámico de Gadir, *Boletín del Museo de Cádiz*, VII, 63-76.
- , 1996: *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la Historia de España*. Sevilla.
- y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J., e.p.: Turdetania y turdetanos. Contribución a una problemática historiográfica y arqueológica, *Mainake*.
- y GARCÍA VARGAS, E., 1994: Sobre un tipo anfórico púnico-gaditano documentado en el Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba), *Antiquitas*, 5, 46-52.
- FIERRO CUBIELLA, J. A., 1990: Cerámica turdetana en Cádiz, *Revista de Arqueología*, 114, 34-40.
- FRUTOS REYES, G. de, CHIC GARCÍA, G. y BERRIATÚA HERNÁNDEZ, N., 1988: Las ánforas de la factoría prerromana de salazones de «Las Redes» (Puerto de Santa María, Cádiz), *Actas I Congreso Peninsular de Historia Antigua* (I). Santiago de Compostela.
- y MUÑOZ VICENTE, A., 1994: Hornos púnicos de Torre Alta (San Fernando, Cádiz), *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana*. Huelva.
- , 1996: La industria pesquera y conservera púnico-gaditana: Balance de la investigación. Nuevas perspectivas, *Spal*, 5, 133-165.
- GAUDINA, E., 1997: Bracieri e bacini decorati, *Rivista di Studi Fenici*, XXV, 57-63.
- GÓMEZ BELLARD, C. y GURREA, R., 1985: Algunas formas de la cerámica de cocina púnico-ebusitana, *Archivo Español de Arqueología*, 58, 139-154.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R., 1985: Excavaciones de urgencia en el Cerro Naranja (Jerez de la Frontera, Cádiz), 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 90-96.
- GONZÁLEZ TORAYA, B., TORRES QUIRÓS, J., LAGÓSTENA BARRIOS, L. y PRIETO REINA, O., 2000: Los inicios de la producción anfórica en la Bahía gaditana en época republicana: La intervención de urgencia en Avda. Pery Junquera (San Fernando, Cádiz), *Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano, Sevilla-Écija, 1998* (I). Écija.
- GUERRERO AYUSO, V. M., 1995: La vajilla púnica de usos culinarios, *Rivista di Studi Fenici*, XXIII, 1, 61-99.
- , 1996: Cerámica de cocina en los asentamientos coloniales púnicos de Mallorca, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 17, 207-218.
- HARTLEY, K. F., 1973: La diffusion des mortiers, tuiles et autres produits en provenance des fabriques italiennes, *Cahiers d'Archéologie Subaquatique*, II, 49-60.
- JIMÉNEZ FLORES, A. M., 1994: Ritual funerario y Sociedad: El banquete funerario en las necrópolis fenicias de la Península Ibérica, *Un Periplo de Cinco Años. Miscelánea de Estudios sobre la Antigüedad. Kolaïos*, 3, 127-143, Sevilla.
- , 1996: *Ritual funerario y sociedad en las necrópolis fenicias de época arcaica de la Península Ibérica*. Écija.
- , 2002: Notas sobre las creencias funerarias fenicio-púnicas: el culto a los difuntos. *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica, Spal Monografías*, II. Ed. Ferrer Albelda, E. Sevilla.
- LIPÍŃSKI, E., 1993: Rites et sacrifices dans la tradition phénico-punique, *Ritual and sacrifice in the Ancient Near East, Leuven, 1991, Orientalia Lovaniensia Analecta*, 55. Ed. Quaegebeur. Leuven.
- LÓPEZ DE LA ORDEN, M. D. y GARCÍA RIVERA, C., 1985: Anforas púnicas de La Caleta, Cádiz, *Actas del VI Congreso Internacional de Arqueología Submarina, Cartagena, 1982*. Madrid.
- MANFREDI, L.-I., 1988: Bracieri ellenistici e bacini decorati punici a Tharros, *Rivista di Studi Fenici*, XVI, 2, 221-243.
- , 1991: Repertorio decorativo dei bacini punici di Tharros. Campagne 1988-90, *Rivista di Studi Fenici*, XIX, 2, 191-213.

- MARÍN CEBALLOS, M. C., 1987: ¿Tanit en España?, *Lucentum*, VI, 43-79.
- , 2002: En torno a las fuentes para el estudio de la religión fenicia en la Península Ibérica. El sacrificio de animales, *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica, Spal Monografías*, II. Ed. Ferrer Albelda, E. Sevilla.
- , e.p.: Observaciones e torno a los pebeteros en forma de cabeza femenina, *II Congreso Internacional de Mundo Púnico, Cartagena, 2000*.
- y CORZO SÁNCHEZ, R., 1991: Escultura femenina entronizada de la necrópolis de Cádiz, *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici, Roma, 1987* (III). Roma.
- MARTÍN CAMINO y ROLDÁN BERNAL, B., 1994: Un tipo de ánfora púnica centromediterránea en occidente durante época bárcida: Merlin/Drappier-3, *El Mundo Púnico. Historia, Sociedad y Cultura*. Eds. González Blanco, A., Cunchillos Ilarri, J. L. y Molina Martos, M. Murcia.
- , 2000: Cerámica de cocina de importación en la Cartagena púnica: los morteros y grandes platos. Siglo III a.C., *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos, Cádiz, 1995* (IV). Cádiz.
- MIRANDA ARIZ, J. M. y PINEDA REINA, P., 1999: *Memoria de la Intervención Arqueológica de Urgencia Edificio «Puerto Varela» (Avda. de Andalucía s/n. Cádiz), Memoria inédita depositada en la Delegación Provincial de Cultura de Cádiz*. Cádiz.
- MOLINA VIDAL, J., 1997: *La dinámica comercial romana entre Italia e Hispania Citerior*. Alicante.
- MOREL, J.-P., 1979: La Sicile dans les courants commerciaux de la Méditerranée sud-occidentale, d'après la céramique de vernis noir, *Miscellanea in onore di Eugenio Manni* (V). Ed. Bretichneider, G. Roma.
- , 1981: *Céramique Campanienne : Les Formes, Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome*, 244. París.
- , 1992: La céramique à vernis noir du Maroc: une révision, *Collection de l'École Française de Rome*, 166. París.
- MUÑOZ VICENTE, A., 1983-84: Aportaciones al estudio de las tumbas de sillería prerromanas de Cádiz, *Boletín del Museo de Cádiz*, IV, 47-54.
- , 1985: Las ánforas prerromanas de Cádiz (Informe preliminar), *Anuario Arqueológico de Andalucía*, II, 471-476.
- , 1986: Avance sobre el estudio de los ungüentarios helenísticos de Cádiz. 1986, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, II, 520-525.
- , 1989: Excavaciones arqueológicas de urgencia en la necrópolis de Cádiz: Area de la Plaza de Asdrúbal. Sector H, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 87-97.
- , 1990-91: Las cerámicas fenicio-púnicas de origen submarino del área de la Caleta (Cádiz), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 15, 287-333.
- , 1992: En torno a seis *askoi* zoomorfos de la necrópolis púnica de Cádiz, *Boletín del Museo de Cádiz*, V, 7-15.
- , 1995-96: Secuencia histórica del asentamiento fenicio-púnico de Cádiz: Un análisis cronoespacial tras quince años de investigación arqueológica, *Boletín del Museo de Cádiz*, VII, 77-105.
- , 1998: Notas sobre la necrópolis fenicia de Cádiz, *Homenaje al Profesor Carlos Posac Mon.* (I). Ceuta.
- , FRUTOS REYES, G. de y BERRIATÚA HERNÁNDEZ, N., 1988: Contribución a los orígenes y difusión comercial de la industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la Bahía de Cádiz, *Actas del I Congreso Internacional el Estrecho de Gibraltar, Ceuta, 1987* (I). Madrid.
- NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A. M., 1998: El sur de la península y el norte de África durante los siglos IV y III a.C., *Actas del Congreso El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente. I Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo, Madrid, 1998*. Eds. Galán, J. M., Cunchillos, J. L. y Zamora, J.-A.. Madrid.
- , 1999a: El pozo. Los materiales, *Memoria científica de la intervención Edificio «Puerto Varela», Avda. de Andalucía s/n. Cádiz, Memoria inédita depositada en la Delegación Provincial de Cultura de Cádiz*. Eds. Miranda Ariz, J. y Pineda Reina, P. Cádiz.
- , 1999b: La cerámica «tipo Kuass». Avance a la sistematización del taller gaditano, *Spal*, 8, 115-134.
- , 1999c: Ánforas turdetanas, mediterráneas y púnicas del s. III del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz), *XXIV Congreso Nacional de Arqueología, Cartagena, 1997* (III). Murcia.
- , 2000: La producción de cerámicas rojas de tradición griega en la zona de Cádiz. Las cerámicas de tipo «Kuass»: Una nueva perspectiva, *Madrider Mitteilungen*, 41, 178-196.
- , 2001a: El espacio geopolítico gaditano en época púnica. Revisión y puesta al día del con-

- cepto de «Círculo del Estrecho», *Gerión*, 19, 313-354.
- , 2001b: Pozos púnicos en la necrópolis de Cádiz: Evidencias de prácticas rituales funerarias, *Rivista di Studi Fenici*, XXIX, 2, 183-230.
- , 2001c: *Las cerámicas gaditanas barnizadas de «tipo Kuass»*. Tipología, producción y distribución, Tesis Doctoral Inédita. Universidad de Cádiz.
- , e.p. a: La cerámica púnico-gaditana del s. III a.C. El uso de la vajilla en el ámbito funerario y ritual de la necrópolis, *II Congreso Internacional de Mundo Púnico*, Cartagena, 2000.
- , e.p. b: Las ánforas turdetanas del tipo Pellicer-D. Ensayo de clasificación, *Spal*, 11. Homenaje al Prof. M. Pellicer.
- , e.p. c: La cerámica gaditana «tipo Kuass»: Item cronológico para los contextos tardopúnicos del sur peninsular, *Pyrenae*, 33.
- y FERRER ALBELDA, E., e.p. a: Anotaciones al culto funerario de Gadir: Los pozos rituales, *V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Marsala-Palermo, 2000.
- , e.p. b: La pervivencia de rituales orientales en la necrópolis púnica de Cádiz, *II Congreso Español de Estudios de Próximo Oriente. Oriente y Occidente. De las primeras sociedades productoras a comienzos de la romanización*, Cádiz-El Puerto de Santa María, 2001.
- y RUIZ MATA, D., 2000: El poblado de Las Cumbres (Castillo de Doña Blanca): Urbanismo y materiales del s. III a.C., *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cádiz, 1995 (II). Cádiz.
- , e.p.: Estructuras industriales turdetanas del s. III a.n.e. en el entorno de la Bahía gaditana, *El urbanismo como fenómeno histórico y social. De la aldea Neolítica a la Ciudad Romana. XI Encuentros de Historia y Arqueología*, San Fernando, 1995.
- y VALLEJO SÁNCHEZ, J. I., 2000: Evolución y estructura del comercio gaditano en época púnica. Un avance a partir de la documentación arqueológica. I. (ss. VI-IV a.n.e.), *Intercambio y Comercio Preclásico en el mediterráneo. Actas del I Coloquio del CEFYP*, Madrid, 1998. Eds. Fernández Uriel, P., González Wagner, C. y López Pardo, F. Madrid.
- OLMOS ROMERA, R., 1985: Nuevos enfoques para el estudio de la cerámica y de los bronceos griegos de España: una primera aproximación al problema de la helenización, *Cerámiques gregues i helenístiques a la Península Ibèrica*. Barcelona.
- PARROT, A., 1936: Le «Refrigerium» dans l'au-delà (Suite), *Revue de l'Histoire des Religions*, 114, 69-92.
- PELLICER CATALÁN, M., 1978: Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir, según el Cerro Macareno (Sevilla), *Habis*, 9, 365-400.
- PERDIGONES MORENO, L. y BALIÑA DÍAZ, R., 1985: Excavaciones de urgencia en un solar de la calle Tolosa Latour (Cádiz) en 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 63-70.
- y MUÑOZ VICENTE, A., 1985: Excavaciones de urgencia en un solar de la plaza Asdrúbal (Cádiz) en 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 58-62.
- , 1987: Excavaciones arqueológicas de urgencia en un solar de la calle Campos Elíseos. Extramuros de Cádiz, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 59-70.
- , 1988: Excavaciones arqueológicas de urgencia en los hornos púnicos de Torra Alta, San Fernando, Cádiz, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 106-112.
- , BLANCO JIMÉNEZ, F. y ALONSO DE LA SIERRA, L., 1985: Excavaciones de urgencia en el alcantarillado de extramuros de Cádiz en 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 40-52.
- y PISANO, G. (1990): *La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz. Siglos VI al IV a.C.* *Studia Punica*, 7, Roma.
- PÉREZ HORMAECHE, E., 1990: Arqueología gaditana I: Quemaperfumes púnicos, *Gades*, 19, 9-23.
- , 1993: Arqueología gaditana II: Ungüentarios púnicos, *Gades*, 21, 261-268.
- PONSICH, M., 1968: Alfarerías de época fenicia y púnico-mauritana en Kuass (Arcila, Marruecos), *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 4, 3-25.
- , 1969: Les céramiques d'imitation: la campnienne de Kouass. Région d'Arcila-Maroc, *Archivo Español de Arqueología*, 42, 56-80.
- PRINCIPAL PONCE, J., 1998: *Las importaciones de vajilla fina de barniz negro en la Cataluña Sur y Occidental durante el siglo III a.C. Comercio y dinámica de adquisición en las sociedades indígenas*, *British Archaeological Reports. International Series*, 729. Oxford.
- RAMÍREZ DELGADO, J. R., 1982: *Los primitivos núcleos de asentamiento en la ciudad de Cádiz*. Cádiz.
- RAMÓN TORRES, J., 1981: *La producción anfórica púnico-ebusitana*. Ibiza.
- , 1983: Sobre las ánforas tipo Mañá-D y su pro-

- yección hacia el Occidente Mediterráneo, XVI Congreso Nacional de Arqueología, Cartagena-Murcia, 1982. Zaragoza.
- , 1990-91: Barrio industrial de la ciudad púnica de Ibiza: el taller AE-20, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 15, 247-285.
- , 1995: *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Barcelona.
- RAMOS SAIZ, M. L., 1987: El culto funerario en el mundo fenicio-púnico peninsular. Resumen de las ceremonias fúnebres realizadas en sus necrópolis, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 11-12, I, 217-224.
- , 1990: *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica*. Madrid.
- , 1991: El ritual funerario en las necrópolis fenicias de la península Ibérica, I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica, Ibiza, 1986-89, *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 24. Ibiza.
- RIBERA LACOMBA, A., 1982: *Las ánforas prerromanas valencianas (fenicias, ibéricas y púnicas)*, *Trabajos Varios del Servicio de Investigaciones Prehistóricas*, 73. Valencia.
- RIBICHINI, S., 1991: Concepciones de la ultratumba en el mundo fenicio y púnico, *Arqueología del Infierno. El Más allá en el Mundo Antiguo Próximo-oriental y Clásico*, Verona, 1987. Ed. Xela, P. Sabadell.
- ROSELLÓ, E. y MORALES, A., 1994: *Castillo de Doña Blanca. Archaeo-environmental investigations in the Bay of Cádiz, Spain (750-500 B.C.)*, *British Archaeological Reports International Series*, 593. Oxford.
- RUIZ GIL, J.A., 1987: *Las factorías de salazones púnicas de El Puerto de Santa María, Cádiz*. Tesis de Licenciatura inédita. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.
- RUIZ MATA, D., 1986: Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, prov. Cádiz). Stratigraphische Untersuchung einer orientalisierenden Ansiedlung, *Madridier Mitteilungen*, 27, 87-115.
- , 1987a: La formación de la cultura turdetana en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca, *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén, 1985. Jaén.
- , 1987b: Informe sobre la campaña de excavaciones de 1987 realizada en el Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz), *Anuario Arqueológico de Andalucía*, II, 380-384.
- , 1995: El vino en época prerromana en Andalucía occidental, *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Ed. Celestino Pérez, S. Jerez de la Frontera.
- , 1999: La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: Contrastación textual y arqueológica, *Complutum*, 10, 279-317.
- y NIVEAU DE VILLEDARY Y MARIÑAS, A. M., 1999: La zona industrial de Las Cumbres y la cerámica del s. III a.n.e. (Castillo de Doña Blanca, El Puerto de Santa María, Cádiz), *XXIV Congreso Nacional de Arqueología, Cartagena, 1997 (III)*. Murcia.
- y PÉREZ, C. J., 1995: *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*. El Puerto de Santa María.
- SIBÓN OLANO, J. F., 2001: *Memoria Preliminar de los resultados obtenidos de la excavación realizada en la Avda. Amílcar Barca. Secretaría General de la Seguridad Social de Cádiz. Junio/Julio 2001, Informe inédito depositada en la Delegación Provincial de Cultura de Cádiz*. Cádiz.
- SPARKES, B. A. y TALCOTT, L., 1970: *Black and Plain Pottery of the 6th, 5th and 4th Centuries B.C., The Athenian Agora, XII*. Princeton.
- VANDERMERSCH, C., 1994: *Vins et amphores de Grande Grèce et de Sicile. IVe —IIIe s. avant J.-C.* Nápoles.
- VENTURA MARTÍNEZ, J. J. 1990: *La Cerámica Campaniense en Andalucía Occidental, Tesis Doctoral Inédita*. Universidad de Sevilla.
- VIDAL GONZÁLEZ, P., 1996: *La isla de Malta en época fenicia y púnica, British Archaeological Reports. International Series*, 653. Oxford.
- ZAMORA LÓPEZ, J.-A., 1999: *La vid y el vino en Ugarit, Tesis Doctoral*. Universidad de Zaragoza.